





LA ESCALA

HUMANA



Av. 6 de Diciembre N26-97 y la Niña, piso 3
Telf: 22 27 948/ 22 27 949
Fax: 2 501 066
info@editorialelconejo.com
www.editorialelconejo.com

La Escala Humana

Tercera edición

© Abdón Ubidia, 2018

© Editorial El Conejo, 2018

Dirección General: Santiago Larrea

Imagen de portada: Marcela Ribadeneira

Edición y diagramación: Daniel Félix

Cuidado de la edición: Fabricio C. Rivas

ISBN: 978-9978-87-338-0

Quito-Ecuador

LA ESCALA HUMANA

ABDÓN UBIDIA

editorial
El Conejo
40 años

PRÓLOGO

Todas las especies tienen su escala. Los límites que no pueden transgredir. El delfín no puede vivir en los cielos, ni el cóndor dentro del agua.

La única especie que no reconoce su escala es la humana. Busca vivir en cualquier parte y sus individuos no quieren morir nunca.

Pero la escala humana se ha roto ya. Cada especie tiene su hábitat. En los humanos eso ya no existe más. La revolución electrónica y la revolución genética inventaron otro hábitat. Un territorio sin límites. Una ecología distinta y artificial: en ella habita no sólo lo que queda de la antigua especie humana sino algo nacido de ella. Algo que ya no puede vivir sin un artilugio inventado, no natural: la tecnología. Ha nacido el *homo electrónico*. El

señor Gubern lo dijo. Y tantos más. El *homo científico*. El humano ha cumplido un viejo proyecto: romper sus propios límites. Transformarse. Dejar de ser apenas humano. Apenas natural. Disolverse en sus sueños. O en sus pesadillas. De esos sueños y pesadillas nace este libro. Las conflictivas relaciones entre lo real y virtual lo marcan.

Por eso se llama así: *La escala humana*. Monstruos, fantasmas, seres y almas virtuales habitan estas páginas. No son tantos. Apenas los ejemplos necesarios para ilustrar las anticipaciones o presagios que inquietan al autor cuando lee las obras y notas científicas de la actualidad y piensa que, con tantos avances, con tantos “adelantos” nadie tiene una meta clara, un propósito que no sea el de huir hacia el futuro, a cómo dé lugar, romper los límites asignados a la especie humana por la naturaleza que la hizo posible. Romper la escala humana.

Antes, una aclaración: ¿Por qué hablamos del humano y no del hombre?

Porque el humano y el hombre son dos seres distintos. El uno es real y el otro es virtual. El humano es una especie. Una más entre las otras. El hombre, cuando quiere implicar algo más que el macho humano, es apenas un concepto. Un sueño que algunos humanos —unos pocos sabios— han querido consagrar como “medida de todas las cosas”.

El humano es reconocible por su apariencia: con atavíos lujosos, taparrabos o desnudo, es así. Con un cuerpo, una voz, un cerebro enorme, quizá excesivo.

A lo largo de la historia, unos humanos se han declarado hombres y han excluido a otros humanos de esa condición. Los han perseguido, esclavizado o muerto. Guerras y masacres les han servido para conquistar y sojuzgar. O excluir. Y han usado el concepto “hombre” para justificarse.

Por eso, en adelante, con breves ejemplos, sólo hablaremos de humanos. De sus amenazas y posibilidades. O sea que también hablaremos de *no-humanos*, o de *poshumanos*.

El verdadero futuro ha llegado ya. O empieza. Y parece incontrolable. ¿La codicia, la imaginación enloquecida y ciega lo gobiernan?

La anulación del tiempo y la distancia se ha vuelto una obsesión. Transportes cada vez más veloces y teleaparatos que logran la comunicación instantánea entre lugares muy lejanos han inventado otra realidad. Una realidad virtual. La manada humana corre por ella, en estampida, con un rumbo desconocido y virtual, que algunos hasta llaman desarrollo: como si alejarnos de la escala humana fuera una meta apetecida. O fácil de lograr. Una meta sin riesgos. Como si la condición suprema del futuro no fuese la incertidumbre.

A la manera de todos los textos del autor, éste también quiere ser una provocación. Un clamor. Un libro de preguntas, no de respuestas, aunque los referentes básicos del Bien y el Mal rondan sus páginas. Está dirigido a los jóvenes. Y a quienes nunca se resignan a dar por terminada su formación. Quizá, entre ellos, haya algunos que lo entiendan bien.

Debo consignar un agradecimiento especial a tres finos especialistas en temas científicos que leyeron y comentaron, con generosidad y atención, el último relato de este libro, *Opiniones de un Neandertal*. Ellos son: el doctor Carlos de la Torre Flor, el doctor César Paz y Miño y el ingeniero Lenin Ubidia.

| DE LOS NUEVOS | CENTAUROS |

Oí el eco de sus cascos raspando los adoquines. Golpes secos, rítmicos, contundentes. A la media noche no había luna y el verano vacilante apenas si dejaba correr unas cuantas ráfagas de frío viento. La calle desierta, los rincones negros, ninguna ventana iluminada, la luz de las estrellas como puliendo los helados adoquines.

Me arrastré como pude hasta alcanzar la columna de un portal. Tuve miedo. La respiración entrecortada, el corazón loco dentro de mi pecho, el sudor mojando mi rostro.

Entonces vi al centauro, poderoso, rápido, imperial. Iba solo por el centro de la calle. Se alejó sin mirar mi columna. Dos cuadras más allá se encontró con otro como él, saludó con una venia y

prosiguió su camino hacia la parte alta de la ciudad en donde los centauros tienen sus desmesuradas casas y en donde también, por una paga miserable, hay humanos que se prestan a tirar, como bestias, los enormes trineos que los transportan.

Esperé unos minutos. Luego me animé a abandonar mi escondite.

Mi miedo no era del todo lógico. Si me encontraba con él no hubiera pasado mucho. Tal vez se hubiese visto obligado a cruzar conmigo unas cuantas palabras, tal vez una pregunta. Una orden quizá.

Dicen que no siempre los centauros gobernaron el mundo. Que fueron creados por varias generaciones de humanos enloquecidos con sus descubrimientos científicos.

Dicen que antes de la fabricación (o recuperación: cada quien lo cuenta de otro modo) de los seres que poblaban las antiguas mitologías: medusas, hidras, serpientes emplumadas, dragones, hubo un período previo en que ciertos gobiernos prohibieron las mezclas transgénéticas que combinaran cerebros humanos y cuerpos provenientes de otras especies animales. De esa época datarían, pues, esas curiosas criaturas hechas sólo de brazos o sólo de piernas que se esconden en las grutas oscuras como si fuesen arañas gigantes. Dicen que, luego de un nuevo forcejeo cruzado de debates apasionados, se impuso la creación de humanoides con la

inteligencia apenas necesaria para efectuar trabajos manuales o tareas semejantes a los robots domésticos de entonces. Lo demás es presumible. Otras imposiciones dadas por la curiosidad científica, la audacia o la simple codicia, llenaron el mundo con mezclas, insólitas en esos tiempos: mamíferos con insectos, insectos con plantas y toda una gama de razas dotadas de cabezas y torsos humanos. Dicen, incluso, que un paso muy anterior fue el de la recuperación de especies perdidas, dinosaurios y demás.

Nadie puede saberlo ya. Los centauros sólo permiten las historias contadas a su modo. Yo sólo sé que tengo miedo. Que al oír el seguro piafar de sus cascos sobre los duros adoquines, un frío que no proviene sólo de la noche, hiel a mi caparazón y amortigua mis pies innumerables.

| DE LA FELICIDAD | | INTERIOR |

Ahora soy un cerebro que vive en un caldo nutritivo. Estoy conectado a otros cerebros humanos y formo parte de un poderoso computador. Proceso bien los datos que recibo. Todo esto, por cierto, sólo es una deducción. En el limbo en que estoy no tengo medios para hacer averiguaciones.

Parto de la idea de que todo ya está inventado. Mi caso sería la prueba. Las viejas películas en blanco y negro en donde, en tenebrosos laboratorios dignos del doctor Frankenstein, se mantenían vivos cerebros sumergidos en líquidos burbujeantes, sólo anticipaban esto que ya es mi presente, es decir, el futuro. Predecir el futuro nunca fue difícil. La mente humana está ya tan hecha y definida que nunca puede, en el fondo, inventar nada

nuevo que no sea la repetición puntual de los más antiguos arquetipos. Pruebas: en las más remotas mitologías ya se mencionaban humanos voladores, rayos de la muerte, realidades virtuales y viajeros del espacio, todo aquello que los humanos cumplirían luego. Así, las viejas películas prefiguraron, también, mi realidad actual.

Al principio fue difícil encontrar la punta del ovillo. Sabido es que los mutilados perciben sus miembros perdidos como si aún existiesen. Así también yo creía sentir todo mi antiguo cuerpo. Pero los absurdos eran constantes. No escuchaba sonidos ni veía luces. No lograba moverme ni asir nada. Para colmo creía colocar brazos y piernas en posturas imposibles sin dolor alguno. Pensé que estaba atrapado en una pesadilla sin término.

Luego fue el pavor. ¿Quién era yo? ¿Quién *ahora* era yo? ¿Dónde estaba mi cuerpo? ¿Cómo lo perdí? ¿Y mi vida? ¿Qué había pasado con mi vida, con los míos, con esa mujer que amé y me amó, esos niños, esa casa, ese perfecto refugio blindado contra todos los horrores del mundo?

Más tarde vino la necesidad de avenirme a los hechos concretos. Aparte de la memoria de mi vida pasada (un verdadero mar de recuerdos persistentes) sólo “recibo” los problemas que, de un modo mecánico, tengo que procesar. De pronto, están en mi mente cifras y datos no exactos. Yo los trabajo según mi criterio. No sé quién me las envía

ni qué hace con mis respuestas. No me importa. Sólo es mi trabajo.

En los momentos de descanso o de vigilia (que son muchos), me pongo a ordenar los momentos que dieron sentido a mi vida. Sabemos que la imaginación modifica los recuerdos y nunca estoy seguro de que las cosas ocurrieran así. Creo que eso tampoco importa mucho. Sin embargo, he inventado algunos juegos virtuales que ayudan a llenar mi conciencia o lo que queda de ella y que no deja de parecerse a un gran castillo abandonado. Compongo libros, piezas musicales; invento cuadros y máquinas imaginarias y entre ellas, por cierto, una restauradora de recuerdos y un proyector de paisajes bellos. Pienso que así voy creando, poco a poco, una realidad paralela a la del mundo exterior y en la que existo con mis recuerdos cada vez más reales, cada vez más vívidos. Hay lugares del pasado que frecuento para ver a los míos (a mi mujer, a mis niños) y que logro sentirlos como si fuesen presentes. Poco a poco, lograré que lo sean.

A veces, entre las cifras que me llegan para trabajarlas, creo percibir ciertas interferencias. Entonces pienso que se trata de las señales de otro cerebro, de otro colega, que trata de comunicarse conmigo. No las respondo. No quiero saber nada de él. Sé que más allá de la última meninge de mi corteza cerebral sólo existe el horror de un mundo que fue capaz de usarme así.

DE LOS PROGRAMAS DE REJUVENECIMIENTO INSTANTÁNEO

Mi amigo Ramiro está volviéndose rico con un *software* muy especial de su invención. Instalado en su computadora, a usted le permite comunicarse, por ejemplo, con una antigua novia, incluso de la infancia, mostrándoles, a ella y a usted, en la pantalla o casco virtual, con la voz y el aspecto que tenían hace veinte, cuarenta, cincuenta años atrás. La comunicación es simultánea y tanto el micrófono como la cámara de su computadora captan su realidad presente. Mas, el programa se encarga de la transformación y usted, literalmente, piensa que ha retrocedido en el tiempo y que está conversando con esa jovencita que una vez estuvo en su vida y que ahora es una abuela gruesa y solemne o un tembloroso costal de huesos.

Algunos usuarios han reportado las muy especiales relaciones que más allá de los renacimientos y reconciliaciones virtuales, se han dado entre ellos y sus amadas de otro tiempo. Un ejemplo: dos bisabuelos, él y ella, separados por medio mundo desde hacía medio siglo, se ingeniaron complicadas maneras para escapar de sus habitaciones en las madrugadas y mantener encuentros clandestinos, con la complicidad de sus bisnietos que les ayudaban a manejar sus computadoras.

Otro ejemplo: un novio que se quedó sin oreja luego de una frustrada tentativa de suicidio, volvió a revivir la misma discusión que tuvo con su novia, 30 años antes, en vísperas de la funesta separación, sólo que, en esta vez, ella le juró un amor desesperado para toda la vida y con sorpresa él comprobó que no quería casarse con ella.

A decir verdad, mi amigo inventó su programa sin pensar en el mercado y por una necesidad puramente familiar. Ocurre que sus padres no se hablaban desde hacía ya veinte años. Viejos, muy viejos, eran, en la casa llena de muebles de otro tiempo, dos fantasmas silenciosos que se evitaban o, al menos, hacían ver que se evitaban porque, a pesar de su mutua displicencia, se vigilaban uno a otro y en el caso de que uno de los dos enfermara, el otro se sentaba al pie de su cama, aunque sin abrir la boca para nada.

¿Qué pudo haber pasado entre ellos? Era la eterna pregunta de mi amigo. Entonces empezó a usar su programa y los cascos de realidad virtual que los viejos se dejaban colocar, al principio, a regañadientes. Así logró que sus padres se hablaran. Y aún más, que cuando quisieran decirse algo, ellos mismos, por propia cuenta, acudiesen a la computadora y se colocaran sus cascos virtuales.

Un día, durante un feriado de playa y sol, encontré a mi amigo. Su mujer era confidente de la mía, de modo que los recuerdos comunes fluyeron sin contratiempos: años atrás, habíamos vacacionado en esas playas. Éramos, pues, dos matrimonios maduros con mucha vida recorrida. En un momento, le pregunté por lo que había logrado averiguar acerca de lo ocurrido con sus padres.

—Nada en especial —me dijo—. Ni crímenes ocultos, ni amantes secretos, ni hijos fuera de matrimonio. Un día comprendí por qué dejaron de hablarse. En el fondo, sólo se acusaban de haber envejecido, de que el tiempo hubiese pasado, de que se les hubiese acabado la pasión, de que la vida hubiese sido así y no de otra manera, de cualquier otra manera.

Nadie replicó sus palabras. Fue mejor ponernos a caminar por la playa soleada, en silencio, oyendo el ruido de las olas, el piar de las gaviotas; sentir el raudo viento que nos golpeaba los rostros algo reseco y los cabellos ya algo canosos.

DE LAS BELLAS ASESINAS

Y allí yacía, espléndida, como un látigo en reposo, como una fiera dormida, Kira, la bella asesina. El viejo profesor pasó por su lado, echándole el mismo vistazo demorado de siempre y prosiguió su camino por entre el resto de las literas que colmaban el pabellón.

Por fin, al mundo le había llegado el momento en que las cárceles fueran reemplazadas por laboratorios. Así, los condenados, apenas recibían su sentencia, eran sumidos en ese letargo calculado, que los científicos llamaban “estado de hibernación” y que se prolongaba, a voluntad, hasta que cumplieran los meses o años de su condena.

La nueva solución carcelaria satisfacía a muchos: a los pragmáticos por el ahorro que representaba

para la comunidad; a los idealistas, porque así la prisión era aislamiento y no castigo. Tal y como querían los filósofos románticos.

Ni los discípulos ni sus auxiliares sospechaban cuánto interesaba Kira al viejo profesor. No era amor. La época de la pasión ya había pasado para él. Ahora vivía la sabiduría que es lo que queda de las pasiones cuando las pasiones se han ido. Y los sueños con ellas. Las leyendas de las bellas durmientes estaban bien para la literatura: los cuentos de hadas o las historias de un tal Kawabata y un tal Gabo. No era amor. Era nostalgia, fascinación, asombro. Un día, contrariando sus principios y costumbres, se puso a investigar las causas de la condena de Kira: ella había intentado matar, en dos ocasiones, a Brock. Alguien había programado su cerebro para que esa muerte fuese su obsesión y esa obsesión su destino, la forma exacta de lo que consideraba el Bien.

Otro día, averiguó los pormenores de la vida de Brock. Poderoso, soberbio, era un desalmado a tiempo completo. Ninguna ganancia, por desmesurada que fuera, le parecía suficiente. Ningún dolor causado a los otros, a veces a millares, le importaba. Ninguna vida humana, si se cruzaba en su camino, merecía otra cosa que la muerte. Para colmo, se consideraba a sí mismo un cruzado del Bien. Inmune a la compasión, era, a los ojos del viejo profesor, la encarnación de todo aquello que, por el contrario, había difundido el Mal sobre la

Tierra. El Mal con su rostro concreto. Más allá de todo subjetivismo, el Mal como depredación, dolor y muerte.

No era amor lo que Kira inspiraba al viejo profesor. Tampoco era odio lo que sentía por Brock. La sabiduría implicaba la anulación de tales pasiones. Kira y Brock eran para él dos fieras de una misma selva que merecían combatir entre sí. Una dudosa justicia había interrumpido el curso natural de sus destinos, apresando a la una en función de la libertad total del otro.

Estos pensamientos no dejaban dormir al viejo profesor. Curiosamente, al alcanzar la sabiduría no había alcanzado la paz. La conciencia de ser parte de una maquinaria que sólo beneficiaba a Brock y perjudicaba a Kira, quizá fue lo que le decidió a optar por una salida que, vista desde lejos, parecería absurda en él, pero que, vivida desde adentro, asumida como un problema ético, podía entenderse mejor.

Una noche se quedó solo en el laboratorio. E hizo lo que tenía que hacer. Luego fue a su casa y se acostó. Con los ojos muy abiertos, sabía lo que estaría ocurriendo en el laboratorio, en esas altas horas de la madrugada. Casi podía verlo: Kira despertando de su letargo, el cuerpo desnudo desparezándose, emergiendo de entre las sábanas como de las ondas de un río blanco; encontrando el mandil abandonado en su lecho; Kira, huyendo,

exacta como una pantera, fatal como una víbora en pos de su presa.

El profesor imaginaba esa escena como si fuese la de una película de arte. “La ética y la estética van juntas”, murmuró, resignado al gran insomnio que le esperaba.

| DE LA EXTREMA | SEGURIDAD |

Como siempre, en esa mañana encendió la computadora. Instaló el buscador. Necesitaba un dato para continuar su trabajo. Jugó con varios nombres. Luego, sin saber cómo, se le ocurrió escribir el suyo. Nunca imaginó que la pantalla le exhibiese algunas notas de prensa que aludían a sus antiguos triunfos deportivos. Entró y salió de las páginas con fotografías que lo mostraban en su bicicleta *Pinarelo* y con esos antiguos cascos que ya nadie usaba.

Regresó a la lista de *links*. Uno de ellos le llamó la atención. Decía así: “Mi vida”. Hizo dos nerviosos clicks y la página se abrió. Parecía ser un video. Sólo que allí estaba él mismo, haciendo nada menos que lo que hacía en ese momento, es decir,

mirando la pantalla de su computadora en donde él mismo se miraba que miraba una pantalla, etc., etc., con un efecto parecido al que nos procuran dos espejos enfrentados que devuelven sus imágenes, cada vez más reducidas, hasta el infinito.

Volvió la vista hacia el cielo raso. Luego hacia las paredes. ¿En dónde estaría la cámara que lo filmaba así? Discretamente, buscó por todos los rincones de la oficina y no encontró nada especial, aparte de la pantalla que repetía todos sus movimientos. Pero aquello era muy extraño.

Regresó a la computadora. En un borde de la pantalla, había una barra horizontal con flechitas azules: “Adelante”, “Atrás”. Eligió mecánicamente “Atrás”. Entonces se miró, como en una película, caminando en la noche, por una acera de su barrio con rumbo a la tienda de revistas para ver si había llegado ya el último número de “Sports”. Era lo que había hecho en la víspera. Aquello era más extraño todavía.

Hizo una serie de clicks en “Atrás” y con cada uno de ellos asomaron distintas secuencias de su inmediato pasado. Con el rostro sudoroso, mantuvo accionado el cursor, mientras que, a la manera de las videograbadoras puestas en retroceso, veía fragmentos de imágenes de su vida pasada. Al parecer, todo estaba grabado. Se detuvo. Así se encontró en una mañana de verano rodando en su bicicleta en compañía de una niña cuyo nombre

no recordaba bien. Aquello, quizá, había ocurrido unos veinte años antes.

Así, también, pulsó frenéticamente: “Atrás”, “Atrás”. Incontables escenas de su vida asomaron ante sus ojos, muchas casi olvidadas. Resolvió empezar por el principio. Le tomó largos minutos el regresar, a una velocidad de vértigo, hasta que el pito de la computadora le dijo que ya no se podía retroceder más. Con una mezcla de espanto y vergüenza, al borde de un shock, se vio nacer, dar el primer vagido, sonreír o llorar con una cara regordeta y desdentada. Miró a sus padres y abuelos y tías abuelas felices con el nuevo vástago. Parecía una verdadera tribu. Una tribu ya diezmada. De ella, apenas sobrevivían su madre y una tía. “Vivir es asistir a una mortandad” pensó. Avanzó: “Adelante”, varias veces.

Se detuvo cuando vio a la abuela repitiéndole uno de esos versos que, según su rara habilidad, había compuesto mientras dormía: *Canta el pájaro mudo en su nido/ canta al volcán dormido: “Cada extraña experiencial es una advertencia”*. Él, con siete años de edad; ella, con setenta, dándole los chocolates que siempre le daba y repitiéndole esos versos, a decir verdad, no muy buenos. ¿Cómo canta un *pájaro mudo*?

De pronto, aquello de “extraña experiencia”, resonó en su cerebro. ¿Qué podía ser más extraño que mirar su vida como si fuese una película, y

nada menos que en la pantalla de su computadora? ¿Y más extraño aún, que detenerse en ese preciso momento de su infancia? ¿Qué más extraño que ver los bruscos zigzags y cambios impensados de su propia vida? ¿Qué advertencia pugnaba allí por manifestarse?

Pensó en lo imposible que resultaba pensar “lo impensable”, lo que asomaba en el mundo sin previo aviso. Recordó que, en la Viena imperial, se juntaban, en los cafés, las mentes más brillantes del mundo: Einstein, Freud, Brecht, Wittgenstein, Schoenberg, Krauss, tantos más, y ninguno de ellos fue capaz de vislumbrar la Primera Guerra Mundial de 1914 que estaba ya en sus narices.

Aplastó con el cursor “Adelante”, frenético, ansioso por volver al momento presente. En bruscos relampagueos, alcanzó a ver, entre mil imágenes, los triunfos deportivos que permitieron su partida del país muy pobre y lleno de amenazas en que había nacido, luego el viaje al país más rico y seguro del mundo, a la ciudad más rica y segura del mundo y sus estudios allí; luego, su labor en una oficina del edificio más rico y seguro del mundo.

Por fin, se vio, en el presente, el 11 de septiembre de 2001, de nuevo en la pantalla, desesperado, buscando en ella algo que no sabía qué mismo era. Entonces, pulsó “Adelante” y logró avanzar unos minutos en su vida futura y alcanzó a ver, aún en la pantalla, un monstruoso avión que se estrellaba

contra el propio edificio en donde estaba y no vio más porque se levantó de un golpe y corrió hacia las escaleras, gritando como el loco que lo creerían, “¡Sálvese quién pueda, sálvese quien pueda!”, y así pudo llegar a la calle, justo en el instante en el que un monstruoso avión se acercaba al edificio más rico y seguro del mundo.

DE LA DEFINITIVA LILIPUT

Cuando las ciudades llegaron a tener cien y doscientos millones de habitantes, hubo un patriarca que tomó una decisión radical para resolver, drásticamente, los múltiples problemas de esos infiernos pululantes.

Nada que ver con las inútiles campañas de control de la natalidad, la esterilización masiva o el exterminio de los suburbios pobres.

Tampoco con la tan celebrada colonización de otros planetas, que sólo sirvió para que quienes, a un costo muy grande, se fueran de la tierra, engendrasen, al cabo de un par de generaciones, razas que poco se parecían a las nuestras, pues las distintas condiciones de sus nuevos *hábitats* (otra gravedad, otra atmósfera, otro magnetismo, otro

calendario; a veces otro sol) las mutaban en tal forma que poco rastro quedaba en sus cuerpos de los cuerpos nuestros.

La solución del viejo patriarca, cumplida poco a poco, por experimentación genética, durante generaciones, consistió en reducir el tamaño humano a dimensiones mínimas. Al cabo de dos siglos ya pudimos abandonar el metro como unidad de longitud. Así, ahora hablamos de que una persona mide cinco o seis centímetros, si es pequeña o alta.

La reducción de la estatura humana ha significado un ahorro inmenso de espacio y recursos. Vale decir que nunca la humanidad fue tan rica como ahora. Nuestra tecnología, cada vez más refinada, nos ha permitido dominar a las otras especies con el solo recurso de controlar su voluntad. Y hemos logrado aprovechar energías y alimentos antes impensados. Dos siglos atrás nadie habría imaginado que hoy usemos aves para transportarnos (palomas como cabalgaduras; águilas como aeronaves). O que nuestros robots controlen tan eficazmente los procesos agrícolas e industriales; o que criemos auténticos rebaños de insectos ricos en proteínas y aceites benéficos. El futuro ha llegado ya y de una manera que los humanos jamás soñaron.

Nuestros tatarabuelos, aún gigantes, se fueron extinguiendo sin violencia alguna, conforme se hacían viejos y morían de muerte natural. Sin embargo, una pequeña población fue salvada y ahora

habita en las reservas silvestres de los antiguos bosques. Son pocos y vagan en los montes profiriendo aullidos y ruidos atronadores. Es fácil regular su crecimiento demográfico mediante el uso de plagas, virus y hongos venenosos.

Algunos de ellos escapan, por cierto. Y no nos queda más remedio que eliminarlos de inmediato.

Yo pertenezco a una brigada de “Cazadores de gigantes furtivos”, como la llamamos. No nos cuesta mucho cumplir nuestra misión. Al momento de matarlos, simplemente le rezo a mi Dios y le digo que ellos, en verdad, sólo son el recuerdo de otra especie, distinta, anterior a la nuestra, como tantas otras; una especie que no fue sabia, que no pudo vivir sobre la Tierra y que quizá no supo merecerla.

DE AMORES Y FANTASMAS

—**T**an bello como un amor que empieza —le dijo Julián a Margarita, entre triste y nostálgico, cuando cruzaban el parque con dirección al Instituto Omega mirando las parejas de jóvenes que paseaban a orillas del lago.

—Más bello es eso —murmuró ella.

No aclaró si se refería a un colibrí tornasolado que se disparó desde una campánula rojiza o al color rosado de un arupo florecido. Herida como estaba por un divorcio reciente, Margarita cambió en silencio la frase de su colega. “Tan horrible como un amor que termina”, se dijo. En mucho tiempo no querría saber nada del amor.

Julián y Margarita, por diferentes motivos, habían suspendido, años atrás, sus estudios y ahora el

azar había querido que se conocieran y prepararan juntos una postergada tesis doctoral sobre los “Sistemas de recuperación del pasado perdido”.

En los últimos tiempos, el interés de los sabios profesores del Instituto Omega se había centrado en las antiguas “casas de fantasmas” con su consabido historial de voces inexplicables, ruidos y apariciones, y en esa dirección orientaban sus trabajos. Para ellos —científicos al fin—, las explicaciones esotéricas quedaban descartadas como objetos de estudio. No es que las consideraran falsas sino más bien propias de otros investigadores. Para el Instituto, las apariciones y demás, nada tenían de sobrenaturales; sólo eran huellas muy físicas que quedaron grabadas de muchas maneras en paredes, pisos, cielo rasos, recovecos y hasta muebles, por las personas que habitaron las —así tan científicamente descalificadas— casas de fantasmas.

—Nuestro interés viene de lejos —decía un profesor—. El antiguo método del carbono 14 para fijar fechas sólo fue el inicio. Luego vino el célebre descubrimiento de los sonidos grabados en los jarrones hechos hace miles de años por alfareros chinos, egipcios y griegos quienes nunca supieron que, mientras los tornos giraban, sus manos iban guardando sobre la arcilla fresca las vibraciones de sus propias voces.

Ahora, el Instituto quería desarrollar un “rastreador de ondas prisioneras” que permitiera sin-

tonizar, con alguna fidelidad, como si fuese un receptor de radio, los ecos de un pasado a veces vívido, guardado en las viejas casas y que, por lo pronto, sólo conseguían percibir los llamados médiums y algunas personas dotadas de una sensibilidad muy fina.

—El 96 por ciento del universo es materia oscura, desconocida —recordó Margarita—. Por fin empezamos a aceptar que existen otras dimensiones. Un día no habrá diferencias entre lo que es esotérico y lo que es científico, simplemente “será”.

—Cuántos “espíritus” se esconderán allí —surró Julián.

Luego de revisar muchos archivos, Julián y Margarita decidieron, sin mayores conflictos, elegir para su tesis una pequeña villa que un siglo atrás fuera construida y habitada por un matrimonio, Alberto Armando y Mercedes Elina, quienes, según todos los respaldos históricos, se quisieron bien en toda su vida.

—Entonces, las personas usaban dos y tres nombres —dijo Julián.

—Cada vez somos más simplones —acotó Margarita—. Por lo menos yo me resistiré siempre a que me pongan un número por nombre.

—Pues ya somos dos —murmuró Julián.

Durante muchos días y muchas noches, aplicaron los sensores de sus aparatos en todos los rincones de la casa y lograron escuchar algunas conversaciones casi completas.

—Qué bien supieron sortear todos sus problemas, sus tristezas y disgustos. Qué manera de amarse a lo largo de los años —dijo Julián.

—Dejaron sus buenas energías aquí —murmuró ella.

—Si alguien me amara, compraría esta casa, la restauraría y trataría de aprender más cosas de nuestros amigos Alberto Armando y Mercedes Elina.

Margarita supo que Julián estaba pensando en ella. Pero no se puso en guardia. Hasta le miró con cierta ternura compasiva. Él era un tímido y un solitario y pasaría algún tiempo antes de que se animase a insinuarle nada al respecto. Algún tiempo. Acaso el suficiente para que ella empezara a sentir, nuevamente, la imperiosa necesidad de amar. ¿No sería que, a pesar de sus propósitos, ya había empezado a sentirla? “¿Tan bello como un amor que empieza?”, pensó.

—No sé de dónde he sacado esta frase —suspiró, en algún rincón, Mercedes Elina.

—¿Qué frase? —preguntó Alberto Armando desde otro rincón.

—“Tan bello como un amor que empieza”
—respondió Mercedes Elina.

—Y que continuará por siempre —completó
Alberto Armando.

Julián y Margarita, los escucharon claramente.
Era la primera vez que los oían hablar sin el auxilio
técnico de ningún instrumento especial.

DE LAS ALMAS VIRTUALES

“Y algún día habrá un aparato más completo. Lo pensado y lo sentido en la vida (...) será como un alfabeto, con el cual la imagen seguirá comprendiendo todo (...) La conservación de las almas en funcionamiento está asegurada”

Adolfo Bioy Casares. —*La invención de Morel.*

Indagando en los recuerdos de un alma perdida (es un decir), Clodia, mi joven ayudante, encontró un antiguo cuento folklórico que se solía narrar, al calor de una viva comunicación grupal, en un país que entonces se llamaba México. Lo había memorizado un tal Heraclio Zepeda y lo había transcrito, años después y en otro país, Ecuador, un poeta de apellido Del Campo. Refería, el cuento, la historia mágica del “almero” del pueblo, un señor que capturaba las almas de quienes morían,

para luego guardarlas, dentro de frasquitos de vidrio, nada menos que en un “almario”.

Siglos después y por vía de la tecnología más refinada, mi oficio es muy parecido al de aquel “almero”. El instituto en donde trabajo dispone de un inmenso archivo de información directa (o reconstruida) acerca de miles de gentes que ya no existen más.

No tiene sentido explicar aquí el procedimiento muy complejo que nos permite, sobre la base de transposiciones virtuales, recuperar la memoria, los procesos mentales, el carácter, el gusto, los amores y fobias, la conciencia completa de quienes han muerto. No hay un solo recurso técnico (físico y psicológico) al que no acudamos para repetir y almacenar la conciencia de un individuo, de modo que ésta pueda ser consultada en cuanto se la necesite: muestras genéticas, modelos de neuronas, análisis funcionales de discursos y escritos, trabajos realizados, gustos personales, obras materiales terminadas o inconclusas y, cuando es posible, largas entrevistas mientras aún les queda algo de vida.

De manera muy primitiva eso hacían las primeras grabaciones sonoras: eran copias de voces que se independizaban de sus dueños, que permanecían guardadas, inmunes al tiempo devastador de los seres mortales y que hoy vuelven a la vida cuando queremos oírlas. En dichos primitivos ar-

tilugios ya estaba echada la suerte de nuestras conciencias virtuales de ahora.

Ahora hacemos lo mismo pero con la conciencia entera de las gentes y con el añadido de que los cerebros virtuales que las alojan (hechos según el modelo original) pueden volver a funcionar, *a pensar*, y yo diría que bastante bien.

Ocurre que muchas de las conciencias que hemos logrado reunir y preservar en el Instituto, *almas virtuales* las llamamos, piensan que son reales, que pertenecen a cuerpos aún vivos; a lo sumo, creen que sufren los efectos de una droga o que están encerradas en una pesadilla. A veces resultan cómicos sus esfuerzos por arribar a una vigilia imposible.

Pero hay otras, las más lúcidas, que saben lo que ha pasado con ellas y han descubierto su condición de reflejos, de réplicas virtuales y, entonces, llegan a desesperarse, a clamar por una libertad absurda; a pedirnos un cuerpo en donde habitar y, las más de las veces, en el colmo de su angustia, a suplicarnos su propia destrucción. “Denme un alma” pedía el Golem de Praga. “Dennos un cuerpo”, nos ruegan las almas virtuales del Instituto.

Contrariando todo reglamento, en unos cuantos casos he accedido a su pedido, a espaldas de la aplicada Clodia, cuya firmeza y disciplina sólo se equiparaban a su talento y juventud. Por ella, rea-

licé avances muy importantes y jamás hubiese querido disgustarla. Pero por ella, cabalmente, ya en la madurez de mi vida, descubrí que lo que anima mis investigaciones no es la pasión por los hallazgos científicos y tecnológicos, que nunca resuelven los problemas humanos fundamentales, sino por lo que esos infinitos hallazgos nunca pueden tocar, aquello que en otras épocas se relegó a la psicología y en otras a la metafísica.

Gracias a Clodia, a quien amé como a una hija, di con el alma virtual de Kalus. Durante muchas semanas nos asomamos a su tormentoso espíritu como a un abismo. Fue como haber mirado el Mal en un estado químicamente puro. Presos del horror y la fascinación escuchamos sus historias, sus argumentos seductores, sus justificaciones no menos perversas, siempre salvadas, en su memoria, como si fuesen otras formas del Bien. Kalus no daba importancia a su condición virtual. Era un alma alucinada cuyos deseos podían delegarse, sublimarse en otros muchos: un torrente, una voluntad destructiva, un aliento incontenible que buscaba adeptos.

—Basta de Kalus. Caso cerrado —le dije una mañana, de modo intempestivo, a Clodia. Para prevenir sus reclamos, añadí que si algo abunda en el mundo son los perversos. Que en algún momento podríamos volver a él o a otra alma virtual más entretenida. Por lo pronto debíamos retomar los trabajos pendientes.

El día transcurrió lento y silencioso. Clodia, apenas si me dispensaba miradas esquivas. Me quedé solo en el laboratorio y muy en la noche, fui a casa.

Pero, ya muy entrada la madrugada, y luego de tratar en vano de dormir, salí de mi habitación y regresé al Instituto. Y subí. Entonces, pude verla, a ella, a Clodia, en esa penumbra sólo interrumpida por los tenues relampagueos de las pantallas del laboratorio, escuchando arrobada la voz de Kalus que parecía inundar el recinto con suaves ecos.

Retorné en silencio sin que ella se percatara de mi presencia. Y, al siguiente día, me limité a observar su nerviosismo y desazón.

Quizá, en ese día, perdí a Clodia para siempre. Nunca más fue la muchachita curiosa y gentil que a veces me traía una flor o me leía un poema. Esos encuentros nocturnos, digamos clandestinos, con Kalus, la habían cambiado. No tenía sentido decirle que esa suerte de amor perverso e imposible, le había trastornado la mente, porque también, en el fondo, todo amor transforma al otro y cambia el día en noche y el Mal en Bien. No tenía sentido decirle que era absurdo que se enamorara de un fantasma, aunque, en el fondo, acaso, todos lo hayamos hecho alguna vez.

En lugar de las pobres palabras, decidí, con gran dolor, alejar a Clodia del Instituto. Le dije que era por su bien. Y me quedé a solas con Kalus. Hablé largamente con él. Le expliqué su exacta condición virtual. Le expliqué que nunca volvería a hablar con Clodia ni con nadie más. Y mientras iba borrando, poco a poco, todas las funciones de su mente, creí escuchar un último grito suyo (¿o una risa?) que fue extinguiéndose en el silencio de la noche. No sé si alguien, en el futuro, espíe mi espíritu y decida que ese asesinato virtual, o los otros que por compasión he ejecutado, fueron también otras de las nunca quietas formas del Mal.

| DEL AMOR VIRTUAL |

Hubo una época en que, poco a poco, los seres de la realidad virtual salieron de sus computadoras, pantallas y gafas con las cuales podíamos mirarlos y pasaron a vivir entre nosotros.

En principio, esa convivencia nos trastornó. Y puede decirse que esos seres, idénticos a nosotros, tan humanos como nosotros, sólo que virtuales, fueron causa de una revolución en nuestras costumbres. Al comienzo fue el pánico generalizado. De pronto, un buen señor que doblaba una esquina veía venirle encima a un fornido atleta que amenazaba aplastarlo en su veloz carrera. Pero el atleta atravesaba su cuerpo y seguía de largo, quien sabe si tan sorprendido como el apacible transeúnte. O una señora cualquiera que se inclinaba a aca-

riciar a un niño que lloraba en su coche, descubría que su mano pasaba de largo a través del niño y el mismo coche. De pronto, una jovencita trataba, en vano, de tomar un bolso abandonado en una acera. O una multitud insistía inútilmente en subir los graderíos de un estadio inmaterial.

Estas situaciones elementales nos permiten ilustrar lo que fuera una lista interminable de millones de casos más complejos y dramáticos.

Ocurría que ellos (que también podían vernos y oírnos, pero no tocarnos), exigían, al par que nosotros, los mismos derechos y se quejaban de los mismos abusos. Decían que “tocaban” su realidad, la sentían tan contundente como sentimos la nuestra. Así, nos quedamos sin argumentos para demostrarles que ellos eran los seres virtuales y nosotros no.

En vano apelábamos a los datos históricos y a los sabios testimonios de científicos y filósofos. Ellos también tenían los suyos y, eran equivalentes. (Por si fuese poco, no faltaban quienes, en el lado de acá, sostenían que la realidad virtual siempre estuvo presente en nuestra larga historia y citaban, a más de los sueños, las sombras de la caverna de Platón, las mitologías de los espejos, las tradiciones de fantasmas y aparecidos, de extraterrestres; una novela titulada “La invención de Morel”, reseñada por un tal Bioy, y hasta una película, clásica del cine plano, hecha por un genio ya olvidado de nombre W. Allen; aunque ninguno

de estos ejemplos era tan claro como el que vemos en cualquier persona que se enamora y encuentra en el ser amado bellezas que a lo mejor no existen, como le pasó a Don Quijote que hizo de la burda Aldonza la incomparable Dulcinea).

—Nosotros les inventamos a ustedes —les decíamos.

—Fue al revés —replicaban ellos.

—Eso no importa y únicamente demuestra que la imaginación humana sólo puede copiarse a sí misma. Quién fue primero no interesa —comentaban los agnósticos de cada lado.

Entonces, como suele pasar, al menos nuestra sociedad se dividió en bandos irreconciliables. Unos abogaron por acuerdos “interdimensionales” —como se los llamó— que permitieran que ellos y nosotros aceptásemos los espacios y construcciones ya existentes como definitivos. Es decir que, por un lado, ellos construyeran, sobre nuestras edificaciones, las suyas, pero superponiéndolas con tal fidelidad a medidas y detalle, que tanto unos y otros las viésemos y sintiésemos de la misma manera “real”: verdadera para ambos pueblos. En los descampados, nosotros estaríamos obligados a seguir sus novísimos “diseños” tridimensionales y a escala natural. Lo cual resultaría, en la práctica, nada difícil, pues, desde hace siglos, nuestros proyectos no pueden prescindir de las computadoras ni, desde luego, de la realidad virtual que generamos en ellas.

Dichos acuerdos, se ampliarían (nadie decía cómo) a la hechura de vehículos, herramientas, adornos, pinturas, libros, etc., de forma tal que el futuro del un pueblo terminara convirtiéndose —decían los pensadores—, en gran medida, en el pasado del otro.

El otro bando, en cambio, abogaba por una “solución definitiva”; una guerra virtual que nadie sabía cómo emprenderla; aunque, como suele ocurrir y sin calcular riesgos ni costos, muchos tecnócratas y expertos improvisados aseguraban de antemano un éxito rápido y total en la eliminación del “nuevo enemigo”, del nuevo “eje del mal”, como dieron en llamarlo.

La verdad fue que, mientras los dos bandos discutían, las gentes reales y las virtuales empezaron a acomodarse a la nueva situación con prácticas hasta respetuosas, con excepciones, por cierto. Por ejemplo, si un espacio estaba tomado por un ser real o virtual, ningún ser de la “otra” naturaleza lo ocupaba al mismo tiempo.

Así las cosas vamos a referir una de las tantas historias de amor, típicas del nuevo mundo así compartido.

Él era un adolescente hosco, tímido y vanidoso a un tiempo, muy seguro de que había nacido en el lado equivocado; a ratos solitario como un lobo; otras, locuaz y hasta impertinente. Apasionado lector y orgulloso de serlo, un poco díscolo con

los amigos y profesores (cuando no los admiraba), iba por las calles de la ciudad, hacía ya un año, hambriento de amor. Su corazón buscaba una muchacha única.

Ella era pequeña y ágil, los ojos vivaces, la nariz diminuta y respingada, las líneas de la quijada y el cuello armoniosas y suaves, el pelo recogido atrás, y toda esa delicadeza interrumpida por el llamado sensual de una boca grande y carnosa. Iba también, en esa mañana de verano, por las calles de la ciudad, con ganas de conocer a un muchacho único.

Se encontraron un lunes de julio en la Reserva forestal, en un bosquecillo de álamos enanos. Él redujo su paso y terminó sentándose en la hierba. Era su lugar de siempre. Activó su hoja de lectura, escogió un muy antiguo libro y se dispuso a leer. Ella también se detuvo, alzó la vista al cielo, entretenida en la tenue luna llena que flotaba en el cielo azul, de espaldas a un sol desaforado que empezaba a buscar su cenit. Miró, al parecer distraída, al muchacho lector y también se acomodó en la hierba. Encendió su grabadora de recuerdos y empezó a repasar su curso de *Canciones olvidadas*. Pero ni él leía nada, ni ella entendía bien los vagos recuerdos que, estimulados por su aparato, acudían a su mente.*

* La Unión Latina usó este comienzo de *Un amor virtual* para la primera edición del concurso *Terminemos el cuento*.

Él, luego de un detenido examen visual, pensó que ella no era la muchacha que buscaba y ella pensó igual de él. “Es flaca y pecosa”, se dijo. “Es gordo y grande”, reflexionó la muchacha. Una hora después, ella se levantó, cruzó los brazos sobre el pecho y se alejó cabizbaja, no sin antes echar una última mirada al jovencito que enrojeció por la rabia de que esa locuela lo sorprendiera también mirándola. Y ambos pensaron, cada cual por su lado, que era una pena que ese paraje verde y fresco del parque, al que nadie concurría en los días ordinarios, hubiese sido profanado por una presencia intrusa y anodina; nada que ver con el amor de sus amores con el que cada uno soñaba por su cuenta en los lugares solitarios y bellos del verano.

En la mañana del martes, sin embargo, los dos se acomodaron en el mismo lugar y se cruzaron las mismas miradas hostiles de la víspera.

En un momento, él le dijo, con el pensamiento, algo muy parecido a lo que ella estaba pensando en ese momento: “¿Por qué invades mi espacio? No eres la persona que busco. Me incomoda tu presencia. Jamás seremos amigos. Yo he venido, desde hace años, cada vez que necesito un poco de soledad, a este sitio. Ándate, busca otro lugar. No quiero verte nunca más”.

Pero el miércoles las cosas tampoco cambiaron. Juntos, en esa cita no acordada, ni ella conseguía estudiar bien, ni él lograba concentrarse en sus lec-

turas. Era un capricho mutuo. No iban a ceder su territorio tan fácilmente al otro. La dignidad ante todo.

El jueves, la chica no vino. Y el muchacho no se puso contento. Por el contrario, se inquietó. Durante tres horas (nunca se quedaba tanto) estuvo mirando a uno y a otro lado, caminando en círculos en ese claro del parque, ahora suyo por entero, pero de pronto vacío como nunca antes lo había sentido.

El viernes, él resolvió no ir a la Reserva forestal. Le disgustaban las ansiedades inútiles e injustificadas y, aún más, las confusiones del corazón. Pero, ya bien entrada la mañana, se animó a merodear por sus dominios y allí la encontró sentada nada menos que en su lugar, en el mismo lugar que él ocupaba siempre.

Y, en esta vez, el disgusto se transformó en odio. Sin embargo, por detrás de ese odio, en verdad mutuo, ambos, muy agitados y sin admitirlo bien, entendieron que un clamor de reproches ambiguos se agolpaba en ese aire silencioso que los unía y separaba, cargado de muchas palabras todavía no dichas. Unos reclamos que ya poco tenían que ver con la disputa de ese espacio que creyeron exclusivo de cada cual, sino con otra cosa y otros motivos, apenas entrevistos, que ni lograban entender.

Ella le dijo entonces:

—Si crees que este lugar es tuyo, estás equivocando. Vendré aquí cuantas veces quiera.

Un poco desconcertado, él atinó a responderle:

—No es mi lugar pero aquí he venido siempre y nunca te he visto.

—Lo mismo te digo yo. Aquí vengo todos los días de vacaciones y nunca te he visto tampoco.

Entonces los dos comprendieron. Intentaron tocarse las manos, pero no. Ambos se atravesaron en el aire como sombras.

—Eres un ser virtual —exclamó él.

—Tú eres el virtual —dijo ella.

Callaron. Era inútil insistir en una discusión que no tenía salida. Desde el inopinado día en que asomaron los seres de la realidad virtual, ese tipo de diálogos empezaba a volverse cada vez más frecuente.

Muy emocionado, él se recostó en la hierba, cerca de la muchacha, como si temiera tocarla.

—Qué pena. Pudimos ser unos “reales” enemigos —dijo.

—Sí, es una lástima. Yo practico las antiguas artes de autodefensa —repuso ella.

Más allá de las bromas forzadas, los dos querían morir de la tristeza que sentían. Empezaban a

hacer los eternos descubrimientos personales acerca de las extrañezas del corazón. Allí de nada valían las advertencias ni los consejos. Y menos aún las lecciones de los viejos profesores que enseñaban a los niños y adolescentes una materia interminable y difícil de entender: *El arte de amar*. ¿Cómo había sido posible que antes no pensarán que podían pertenecer a dimensiones distintas? ¿Cómo así, el supuesto odio se había transformado, de pronto, en nostalgia? ¿Cómo era que en apenas cinco días de conocerse mal ya empezaran a atraerse tanto? Porque esa sí era una “realidad real”.

—No eres tan flaca ni tan pecosa como al principio pensé —suspiró él.

—Ni tú eres tan gordo ni tan grande como al principio me pareciste —murmuró ella.

—Bueno, pues, podemos ser amigos.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? Los amigos no necesitan tocarse ni estar juntos para ser amigos.

El aprovechó la ocasión para decir una de sus frases de efecto; esas que a veces, hasta las escribía en cualquier lado:

—Todos los amigos pertenecen a la realidad virtual —dijo.

—Entonces eres doblemente amigo —le embromó ella.

—Pero si la virtual eres tú.

—¡Tú!

—¡Tú!

Terminaron riéndose como un par de locos, acostados boca arriba en la hierba tierna, mientras miraban las pocas nubes que viajaban en el cielo azul.

—¿Sabes? Las nubes son muy reales para los dos.

—Como el cielo, las estrellas, la luna, las montañas, todo lo que está lejos.

—Y algunas cosas cercanas como el suelo, algunos animales, algunas plantas, digo yo.

—Pero otras no. Como la lluvia que sólo puede mojarnos a uno de los dos, según sea el caso.

—¿Por qué será? —preguntó ella.

Él adoptó su mejor aire filosófico.

—Porque hay cosas que no se pueden entender —sentenció—. La única asignatura que apruebo sin dificultades es la de *Problemas insolubles*: ¿Qué está más allá del espacio? ¿Por qué vivimos? ¿Qué es el infinito? ¿Qué es la nada? Esas cosas.

A partir de ese día, empezaron los juegos y las conversaciones interminables. Superponían sus cuerpos y fingían ser monstruos o esas mascotas

extrañas inventadas por los genetistas. En las noches de luna vestían túnicas blancas y con gritos tremolantes espantaban a las pocas gentes que aún temían a los fantasmas. O jugaban a los novios antiguos y, con un alarde de mimos, paseaban por las calles de brazo y pasito corto, como si los dos fuesen o muy reales o muy virtuales, que daba igual. O, por turnos, atravesando paredes, se metían en las “otras casas” y se contaban lo que habían visto allá adentro.

Pero lo mejor eran las conversaciones que duraban días enteros. Al poco tiempo agotaron sus secretos. Sabían del otro más que nadie en el mundo.

—Somos almas gemelas —declaró él.

—Es lo único real que tenemos —añadió ella.

—Aunque a veces hasta puedo olerte.

—Y yo creo sentir tu calor.

Así, muy juntos, a pesar de los reparos de sus respectivos padres, pasaron los meses del verano.

Con las primeras lluvias de octubre, cundió la noticia de que —tal y como asomaran tiempo atrás— estaban desapareciendo los seres de la realidad virtual. Primero se esfumó el estadio. Luego casi todos sus vehículos, luego las edificaciones superpuestas; por fin, algunos personajes que ya comenzaban a ser muy conocidos en el pueblo.

—Nuestros universos se están separando —dijo ella.

—Trataremos de comunicarnos por medio de una computadora —suspiró él, desesperado.

—O en algún sitio de hologramas —sollozó ella.

Los dos sabían que aún en el caso de que lo lograran, no sería lo mismo. El fantasma de la separación iniciaba ya en sus jóvenes corazones su danza de muerte, su rito fúnebre, su lúgubre canción.

—Un día escribiré un relato acerca de lo nuestro, aunque le cambiaré muchas cosas para que sólo tú lo entiendas bien, leyéndolo en alguna pantalla del lugar en donde estés —prometió el muchacho.

Hubo un silencio.

—Antes de que nos separemos, podremos tocarnos. Esa será la señal.

—Eso he oído. Dicen que ocurre así.

En una tarde muy lluviosa, la muchacha llegó a la casita abandonada en donde se habían citado para officiar una vez más una de las tantas ceremonias de la despedida. Tenía la carita más triste del mundo y temblaba como una de las hojas que el viento arrancaba de los sauces y las dejaba caer en la oscura tierra.

—¡Estás mojada! ¡La lluvia te ha mojado como a mí! —exclamó el muchacho que también se puso a temblar.

Alargó una mano vacilante y la tocó.

Entonces se acariciaron y besaron durante horas. Se tocaron hasta lastimarse. Olieron sus olores, probaron sus sudores, juntaron sus cuerpos y supieron para siempre que nunca el amor es más real que cuando tiene que acabarse.

Al otro día, los padres del muchacho no le preguntaron nada cuando le vieron llegar más hosco y solo que nunca.

Ahora que tantos años han pasado y que ese muchacho ya se ha transformado en el hombre más bien tranquilo que escribe esta historia de amor, una de las tantas que después la vida le deparara; ahora que usted, amigo lector, ha podido recuperarla desde el espacio virtual que la literatura nos proporciona siempre, leyéndola primero en las páginas de una hermosa revista y, luego, en la pantalla de su computadora, acaso ya comparta con el autor la idea de que todos los hechos del pasado (o del futuro) se vuelven virtuales en el recuerdo (o en la imaginación); aunque haya otras “realidades virtuales”, al menos en lo que al amor respecta, que nos parecen más ciertas, más concretas y verdaderas, que muchas de las “realidades reales” que hemos creído vivir.

DE MILENIOS Y ETERNIDADES

Un día intempestivo nos secuestraron. O apresaron, como dicen Ellos. Secuestro o apresamiento son términos relativos cuyo uso depende del bando en que unos y otros estemos. Ahora nos amenazan con extender, sin término, nuestras vidas.

Pero esta es una historia larga y debemos referirla desde el principio.

Todo empezó cuando nosotros logramos acortar la vida humana a los 200 años. El problema de la vida eterna fue por fin solucionado por nuestros antecesores hace milenios.

La muerte es un límite. Y no hay una forma sin un límite. Nadie puede imaginar un objeto

sin la superficie que lo contiene; o una superficie sin las líneas que la enmarcan. *El límite asigna la forma*, dijo la Profeta. ¿Qué forma podía tener la vida eterna? Ninguna. ¿Cuál su sentido? Ninguno. Tuvimos, pues, que determinar un plazo para la vida humana.

Hace muchas eras, en la era cristiana, concretamente en el siglo XX, hubo dos *humanos naturales*, como ahora los llamamos, que quisieron tratar el tema de la inmortalidad desde ópticas distintas. Ahora las confundimos. No entendemos sus diferencias. Al final ambos la condenaban. Beauvoir y Borges eran sus nombres. Uno de ellos era ciego y varón y la otra mujer y vidente. En algún momento de la *Historia natural*, perdimos sus datos y ya no sabemos cuál era quién. Ya no importa porque siendo mortales invocaron la muerte en nombre de la inmortalidad. Tal y como, luego, amenazados por ella, lo hicimos nosotros; cuando aún no lográbamos superar las taras que nos dejó la era farmacéutica.

Vivir más y mejor era la consigna en ella. Sonaba bien. Era una dulce promesa. Pero todos los propósitos hermosos tienen un trasfondo oscuro que precisan de verdades altruistas para ocultarlo. Por detrás de esa proclama sólo se quería ganar más y mejor. Acumular dinero sin término. Porque entonces, esa mercancía minúscula y portátil, ubicua y fantasmal, el dinero, era la medida del poder.

Así comenzó la carrera por lograr la vida eterna. Los humanos de entonces no se percataron de que su dependencia de los medicamentos apenas empezaba. Y de que alargar la vida, era alargar la decrepitud: la fragilidad y el miedo a desaparecer.

Se simulaba la juventud con cirugías absurdas, prótesis, dietas y, por supuesto, pastillas, sueros y cremas de todo tipo. La larga vida era una larga enfermedad muy maquillada.

La revolución genética alteró ese orden. La intervención directa en los genes humanos permitió eliminar aquellos que cronometraban la vida y preparaban su final. El costo fue la vigilancia especializada y constante para que ese edificio genético no colapsara, y no se derrumbara por cualquier grieta que se formase en su estructura. Y cualquier cuerpo se convirtiera en un Engendro imposible de identificar.

De esa vigilancia se encargaron, por supuesto, las casas farmacéuticas, cada vez más grandes y menos numerosas.

El dinero desapareció. El control político de la muchedumbre humana se hizo mediante el suministro directo de pastillas que los nuevos siervos trabajaban en fábricas descomunales y alimentos especialmente cultivados en invernaderos sofisticados o en los laboratorios en donde los sucedáneos de los antiguos animales, post aves y post mamíferos, nacían ya despojados de alas, plumas, piel,

ojos y demás órganos innecesarios, para que todo en ellos fuese carne aprovechable.

Casi ochocientos años después, ese modo de producción se simplificó. En el lenguaje de entonces, se volvió más eficiente. Nació un nuevo mundo de amos y esclavos. Médicos y farmacéutas lo gobernaban. Aquello, por cierto, sólo se pudo lograr porque ya ningún esclavo podía distinguir entre lo que eran los alimentos y lo que eran las medicinas. Simplemente, al final del día, recibían su ración y se iban a dormir.

No vamos a incurrir en minucias. No vamos a detallar en qué consistían los trabajos de los esclavos en un mundo enteramente robotizado y automatizado. Como siempre ha ocurrido en las historias humanas, más allá de los métodos, lo que contaba era la apropiación directa de la vida y el tiempo del esclavo por parte del amo. La supresión de la voluntad del uno en aras del poder del otro. Sobre los esclavos pendía una amenaza fatal: la reducción de su dosis de medicamentos, de modo que partes pequeñas de sus cuerpos empezaran a dañarse de forma local y controlada (con tumores autónomos, autorregulados o inteligentes, como los nombraban). El orden en los esclavos estaba, pues, garantizado.

Se dice que en ese mundo monótono, sin sueños ni esperanzas, en algunos casos —si no en todos—, no se sabía bien quién era el amo y quién el

esclavo. Porque médicos y farmaceutas dependían por igual de controles y medicamentos. El poder real estaba en entes farmacéuticos, casi abstractos, que imponían el supremo valor de la vida eterna. Era la forma absoluta del Bien.

Por disposición de tales poderes, cuando había grandes accidentes y no se lograban recomponer los cuerpos destruidos —y cuántos Engendros salieron de allí— nadie podía evocar esas vidas perdidas porque, por orden oficial, su memoria era borrada de los cerebros de allegados y vecinos, pues la mención a la muerte estaba prohibida de modo absoluto. Oficialmente la muerte no existía.

Como siempre, también hubo una sublevación y su Profeta, la Profeta, fue crucificada, como suele ocurrir con los profetas. Se puso un tumor autónomo en su cerebro. Y se decretó su olvido.

Si la Profeta vaga aún por allí, o fue confinada a alguna colonia de algún planeta, nadie puede decirlo. Algunos sostienen, incluso, que nunca existió.

Sin embargo, de modo insólito, “milagroso” decimos nosotros, su recuerdo y enseñanzas persistieron.

Nosotros somos sus seguidores. Al cabo de los siglos nos fue dado el poder. Y hemos logrado construir grandes templos para la Profeta. Es más, si logramos gobernar es porque lo hacemos

en nombre de la Profeta, la redentora, la que buscó y proclamó el fin de la era farmacéutica.

¿Qué nos enseñó la Profeta? Pues eso, lo que ya dije: que la vida no tiene sentido sin la muerte. Y que teníamos que liberarnos de quienes nos imponían la amorfa vida eterna.

Amorfa también en lo que a la pululante población respecta. Pocos morían pero muchos más continuaban naciendo. Cada minúsculo espacio de la Tierra y sus alrededores (el aire poblado de globos, dirigibles y naves de todo tipo; los océanos y sus grandes colonias submarinas; los continentes y sus antiguas selvas) estaba tomado por la especie humana. Ahora ya no es así. Ahora la especie humana es pequeña y manejable.

“O la vida breve; o la vida eterna”: era la cuestión. Teníamos que reivindicar la vida breve. Teníamos que defender la forma reconocible de la vida. Respetar la idea de un comienzo, un desarrollo y un fin. Para que volviesen a ser posibles las historias y la Historia y los sueños también. Para retornar a los proyectos, a los fines y a los principios. Y al miedo de no alcanzar a cumplirlos.

Aquello no fue fácil. Alterado ya, para siempre, el reloj genético, con el que la especie humana apareció en el mundo, *era tan difícil morir*, como dijo un poeta, que incluso la supresión total de los fármacos, permitía una atormentada existencia, cercana a los mil años, tan distante de la recomen-

dación de la Profeta de que no debería ir más allá de un par de centurias.

Por eso nos vimos forzados a limitar, a 200 años la duración máxima de la vida humana (aún sana y digna). Y a regular con mayor severidad los nacimientos.

Quienes quisieran morir antes, lo harían con ayuda de las autoridades y con honores parecidos a los que damos a los héroes.

Con el mismo propósito hemos variado la condición de los espectáculos y hemos vuelto a lo que fuera el antiguo Circo romano, una de las pocas ruinas que tratamos de cuidar. Sólo que en una escala muy grande. Conscientes de que quienes quieren matar, en el fondo, únicamente quieren morir, hemos asignado los viejos desiertos para conceder a los violentos la posibilidad de combatir entre sí, cual nuevos gladiadores que luchan con armas de verdad: aviones, tanques, misiles y todos esos artilugios similares a los que se usaron durante la era cristiana. El resto del planeta mira tales combates con aparatos tele-visores y sin riesgo alguno. Un día les dimos pequeñas armas nucleares y pocos sobrevivieron a los primeros ataques. Desde entonces algunos de esos desiertos son territorios altamente radiactivos en los que seguimos exiliando a los que consideramos violentos.

Otros espacios: cavernas y grietas, fueron asignados a Ellos, los engendros que hereda-

mos de la era farmacéutica y a los que han nacido luego y no hemos logrado eliminar, es decir, a todos los humanos que a pesar de sus proliferantes malformaciones, sus largas edades y dolores inenarrables, no quieren morir. Al igual que a los leprosos de la antigüedad, los confinamos en esos lugares en espera de que mueran por consunción.

Cómo íbamos a pensar que no sería así. Cómo íbamos a imaginar que empezaran a generar su propia cultura, su civilización subterránea y sólida, sus propios modos de sobrevivir y reproducirse. Eso no lo vimos porque no lo quisimos ver. Como siempre ha ocurrido en todas las historias humanas, lo no previsto, lo no pensado, lo invisibilizado, irrumpe un día con gran fuerza. Y termina por dominar.

Ahora los Ellos nos han secuestrado. Nos acusan de que somos parte de una dinastía que propaga la muerte. Y de que la hemos vuelto a imponer en el mundo. Dicen que nuestro emblema o escudo ha sido rescatado de las eras bárbaras: la mujer cadavérica y su guadaña. Dicen que ella es la Profeta que veneramos. No entienden o no quieren entender nuestras razones y nos acusan de ser ciegos y sordos a las suyas. Para Ellos somos la forma absoluta del Mal. Y nos condenarán a la vida eterna, la forma absoluta de su Bien. Con todas las consecuencias que ya hemos contado.

Otra ética y otra estética ha nacido de Ellos. La sabiduría de lo amorfo. Y, por cierto, la ciencia de lo amorfo. Y no es ninguna coincidencia que su unidad de medida sea el fractalito.

No hay, entonces, ninguna posibilidad de comunicación con Ellos. Se consideran otra especie y se sabe que están escribiendo otra Historia en la que nosotros apenas si somos una sub clase de mamíferos.

Desde su Bien, piensan que así nos salvan. Nunca previmos que Ellos se multiplicarían tanto y que ya estuviesen al borde de alcanzar el poder total. Nunca previmos que quizá, a Ellos, ya pertenezcan los milenios futuros.

MICRO FESTIVAL DE
MICROCuentos

ENEMIGOS

El enemigo enfermó gravemente y se iba a morir. Entonces, el Otro le visitó.

—Vine a pedirte que no te mueras —dijo—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—No te preocupes —respondió el moribundo—, mi fantasma te perseguirá siempre.

—Adiós —dijo el visitante y pensó, aliviado, que su enemigo, ni siquiera con la muerte, descansaría en paz.

AMORES

—Pero yo no soy Dulcinea sino Aldonza.

—Y yo no soy Don Quijote sino Alonso Quijano.

—Entonces, nunca me amarás: de veras.

—Hay una solución.

— ¿Cuál?

—Que seamos Dulcinea y Don Quijote.

MICROCuento con MICROANÉCDOTA

Y MICROPOEMA INCLUIDOS

La niña preguntó a Bécquer:

— ¿Y el poema más corto del mundo?

—Consta —dijo— de una sola estrofa, un solo verso, una sola palabra, una sola sílaba:

“*Tú*”.

DE LAS TRAICIONES POSIBLES

En el centro de la noche sonó el teléfono como un alarido. La esposa miró al esposo. El esposo miró a la esposa.

DE SANTOS Y CRIMINALES

Un santo varón vivía en una choza, al borde de una quebrada. Era santo y sabio y por lo mismo pobre y solo.

Un día, un muchacho violento irrumpió en la choza con el propósito de matarlo.

El santo le dijo:

—Espera, cuando yo tenía tu edad asesiné a un santo y me quedé en su choza. ¿Quieres repetir esta vida que tengo?

ANHELOS

La desdicha le dijo a la felicidad:

—¿Te acuerdas de esa frase persa: “Y esto también pasará”? Es mi sueño: que el tiempo pase.

La felicidad le respondió:

—Yo, en cambio, no quiero que se muevan los relojes. Que no se agite ni una hoja. Que cada instante sea eterno. Como ves, esa es mi desdicha.

ARTISTAS

—Eres un artista tan torpe que yo nunca haría una obra como la tuya.

—Pues ya la has hecho —dijo el otro.

ESPERAS

Se sometió a una dieta rigurosa, adelgazó y fue en vano. Se hizo unas cuantas cirugías y su rostro adquirió cierta belleza, plástica por supuesto. Cambió su trabajo y amistades y nada pasó. Soledad. Pura soledad. El príncipe azul no asomaba por ninguna parte. El amor parecía rehuirlo.

Ya resignada, se dejó ser.

Entonces encontró, en la muchedumbre humana, a su princesa azul.

ANSIEDAD

La ansiedad le dijo a la esperanza:

—Haría cualquier cosa por cambiar mi existencia con la tuya.

—No puedes —dijo la esperanza—, sólo existes porque yo existo. Eres mi sombra. Mi yo desesperado.

HISTORIA UNIVERSAL

—¿Cómo podemos nosotros, los Buenos, vencerlos a ustedes, los Malos.

—Volviéndose Malos —respondieron ellos.

—Pero entonces, ya no seremos Buenos.

—Todo lo contrario. Seguirán creyéndose Buenos con más fuerza.

EL VENDEDOR DE SUEÑOS

El hombre vino muy contento. Atravesó la estrecha antesala, a grandes pasos, sin mirar a nadie.

—Creo que no respetó su turno —dijo el vendedor de sueños del otro lado de su escritorio. En realidad, afuera sólo esperaba un hombre que leía un periódico.

—Sólo le robaré un segundo. Quiero agradecerle por un sueño que me vendió hace un año.

—Ah, se le cumplió ¿no?

El vendedor de sueños quiso disimular su sorpresa mirando el viejo mapa mundi puesto en su escritorio, debajo del vidrio que cubría el tablero.

—No. De ninguna manera. Si se cumplieran no fueran sueños —respondió su cliente.

—Entonces no me debe nada.

—Le debo la gratitud —dijo el otro—. Cuando me vendió ese sueño estaba tan desesperado, que lo necesitaba como una medicina.

—Hay personas que compran la lotería sólo para pasar un mal rato y en el día del sorteo hasta se olvidan de ver los números premiados.

—Sí, algo como eso.

El vendedor de sueños pensó en que muy pocos clientes pagaban algo por los sueños que les vendía. Y, en cambio, no faltaban quienes se creían burlados y le reclamaban molestos.

—Gracias también. Estaré a sus órdenes cuando me necesite.

—Dígame, este trabajo suyo debe ser su sueño cumplido ¿no?

El vendedor de sueños sonrió en silencio. Pero, por detrás de sus lentes cuadrados, su mirada fatigada parecía decir:

—No. Todo lo contrario. Es mi pesadilla.

**OPINIONES DE UN
NEANDERTAL
(UN ENSAYO RELATADO)**

1

Escucha, antes de que nos perdamos para siempre, lo que te voy a decir:

—La primera globalización empezó hace 40.000 años. Entonces, quedaban dos especies de homínidos: los humanos y los neandertales. Los primeros nacieron en el África y los segundos en Europa. Los primeros exterminaron a los segundos en el primer genocidio de la historia. Eso dicen los sabios.

No fue así. No lograron extinguirnos. Yo soy un neandertal.

Muchas teorías, ahora que el tema está de moda, tratan de explicar ese genocidio. Unos dicen que el instinto grupal de los humanos venció la balanza en su favor. Otros sostienen que su complexión menos robusta que la del neandertal, los hizo más aptos para sobrevivir en las escaseces de la edad de hielo. Como nuestro cerebro era más grande que el de ellos no han podido hablar

de que poseían una mayor inteligencia. Pero sí de una mayor imaginación.

Cuentan con una prueba aparente: nuestros migrantes evitaban alcanzar la otra orilla de ríos, lagos y mares. Un científico sostiene, con base en esa prueba precaria, que estábamos negados para el pensamiento abstracto y para la imaginación. Sandeces. El tema no es pensar en lo que existe al otro lado de un mar. Es cruzarlo con o sin necesidad. Con o sin peligro.

Quiero que entiendas que su equivocación fundamental consiste en creer que la imaginación les sirve para escapar *ad infinitum* de las condiciones reales, de los límites que tenemos todos los seres vivos: el tiempo posible de vivir, las leyes naturales que no se pueden violar sin pagar, a la final, grandes precios.

Quiero que entiendas que la imaginación que niega nuestras realidades más crasas, sirve para “imaginar” imposibles. Para soñar que los límites no existen.

El propio límite. Ese es el punto. Sólo la fiera hambrienta lo cruza. Sólo el loco no lo conoce.

Quiero decirte que encontrar la otra orilla (posiblemente inexistente, equivocada o desconocida y recuerda a Colón) era el fruto de una aventura brutal y desaforada.

Quiero decirte que si los humanos nos persiguieron y mataron sin tregua fue porque en ellos dominaba el instinto agresivo y la sinrazón. Y algo más que descubrí luego.

Quiero decirte que si dominaron y depredaron el mundo fue por las mismas causas. Nunca entendieron su límite.

Quiero decirte que por su agresividad y su locura, la especie humana se extinguirá.

Así, nosotros heredaremos su mundo, lo que a él le han agregado y dañado. Así también, volveremos a vivir tranquilos sobre la Tierra.

¿Cómo fue que algunos sobrevivimos a la gran masacre?

Porque nos mimetizamos. Al igual que ciertos animales desarrollaron camuflajes perfectos para confundirse con su entorno, nosotros logramos confundirnos con los humanos asimilando sus culturas, sus lenguas, su ropaje; viviendo como ellos y entre ellos.

Cierto es que tenemos unas cuantas diferencias anatómicas: las caras algo más largas, los huesos más robustos, las voces menos dúctiles. Pero eso no es mucho. A veces es posible encontrar mayores diferencias físicas entre sus propias etnias e, incluso, entre los individuos de la misma raza humana.

2

¿Que si somos más inteligentes que los humanos? Yo podría decir que sí. Su cerebro medio pesa 1.350 gramos y el nuestro 1.600. Pero esa no es una razón valedera. Porque cada especie tiene la inteligencia que necesita. El cerebro del ratón es perfecto para el ratón y el del elefante para el elefante. En fin de cuentas, la verdadera inteligencia es una: ¿cómo sobrevivir? Y ella no está en los individuos sino en la especie.*

Mi especie pudo sobrevivir justamente en el seno de nuestros enemigos. No podíamos escondernos de ellos sino, justamente, entre ellos, los cazadores sanguinarios.

¿Por qué, entonces, hace 40 milenios, no los vencimos?

Por una razón. No estuvimos (nunca lo estaremos) preparados para enfrentar el absurdo.

El absurdo que nace de la agresividad ciega, de la locura ciega. Nada ni nadie puede luchar en contra de ellos.

Porque nadie puede triunfar sobre una catástrofe, ni está del todo prevenido para enfrentarla. ¿Qué sabían los dinosaurios acerca del me-

* Ver: *De la inteligencia de las especies*, en *El palacio de los espejos*, Abdón Ubidia, Alfaguara, 2000.

teorito que, hace 65 millones de años, impactó la Tierra y levantó una nube de polvo que acabó con ellos? ¿Qué sabemos nosotros de lo que se está gestando en el oscuro corazón del universo? ¿Qué de los cataclismos que la propia Tierra prepara? Aquello pertenece a lo que no podemos admitir ni pensar: el azar. Y en él, nuestro propio fin. Ese es el absurdo. La irrupción de lo incontrolable, de lo sorprendente, de lo intempestivo. Y, por desgracia, esa es la ley del mundo. Los científicos humanos se desesperan. Hacen cálculos. Profieren teorías. Todo será en vano. Ellos mismos estiman que, desde que comenzó la vida, han desaparecido de la faz de la Tierra el 99% de las especies que la poblaron. ¿Qué le importará al universo si una especie más desaparece, aunque se llame humana?

Y hablo desde una experiencia íntima: la de mi especie, la de los neandertales, ese nombre que nos adjudicaron los humanos.

3

Nosotros no pudimos prever la agresividad ni la locura de los humanos. Y esa fue nuestra desgracia. Nuestra hecatombe.

¿Quién podía convencerlos de un trato, de un arreglo de convivencia, si cuando nosotros ya en-

terrábamos a nuestros muertos (y teníamos instrumentos musicales), ellos aún proseguían sus prácticas canibalescas con los suyos o los dejaban pudrirse a la intemperie?

Su apariencia era semejante a la nuestra. Esa fue nuestra confusión. Frente al tigre de colmillos de sable, sabíamos cómo proceder. Frente a los que debimos creer que eran nuestros semejantes no. En esos albores, no pudimos entender que lo que se escondía dentro de un cuerpo prácticamente igual al nuestro, era la especie más agresiva y depredadora de todas cuantas han habitado la Tierra. Fuimos, pues, diezmados sin misericordia. De nada sirvieron nuestra corpulencia ni nuestros talentos. Todo entendimiento requiere demoras, tiempos lentos de reflexión. Y en el acoso esto puede ser una pesada carga. De hecho lo fue. Su ferocidad se impuso. Algunos de los nuestros huyeron hacia los glaciares. Y, hasta hoy, los contados viajeros que los han visto no han vacilado en llamarlos “abominables hombres de las nieves” y otros calificativos similares, sin que se molesten en aportar ninguna prueba en su contra. Queda clara la posibilidad de la leyenda: de que los “yetis” no existan y sólo sean parte de las imaginerías populares a las que tan aficionados son los humanos. Pero, desde el fondo de mi corazón, me nace la esperanza de que esos hermanos existan, de que corran libres entre montañas de hielo y cavernas secretas.

Digo que, en pocos años, prácticamente nos borrarón de la Tierra. Cuando aprendimos a conocerlos ya era tarde. Los pocos que sobrevivimos y no huimos, nos inventamos una manera de integrarnos a las tribus lejanas que no se habían enterado de nuestra existencia. Alguno de los nuestros, vestido como ellos, solo, porque quizá ya dejábamos de ser gregarios, se acercaba en son de paz y empezaba a ocuparse de los trabajos más duros y humildes, hasta ser aceptado a veces como un esclavo o un artesano porque siempre fuimos diestros en la fabricación de utensilios y herramientas. De algún modo, hicimos lo que ciertos lobos que se convirtieron en perros para sobrevivir con los humanos. Sólo que con otras estrategias.

Cuando los humanos partían a sus cacerías y guerras, a veces interminables, entonces era más fácil colarse en una familia y acompañar a una mujer desolada.

Por nuestra parte, no teníamos la costumbre de formar grupos ni familias permanentes. Los grupos y las familias duraban lo que debían durar. Lo que demandara la protección de un crío. Además, ya éramos muy pocos, una especie en extinción.

Debimos acudir a otros métodos. De uno estoy seguro. El sigiloso reemplazo de bebés humanos por bebés neandertales, por ejemplo.

A diferencia de las hembras de los demás mamíferos, las madres humanas no reconocen a sus críos por su olor individual. Estoy seguro que de esa carencia debimos aprovecharnos y no me cuesta imaginar a una hembra neandertal cargada de su crío, encontrando la ocasión propicia para salir de su escondite (o aprovechar su servidumbre) y acercarse en horas de la noche al lecho de una madre humana, recién parida también, y sustituir a su niño. ¿Qué pasaba con el otro crío? Cualquier cosa. Quizá lo destruía. Quizá lo abandonaba en algún paraje para que alguien lo adoptara. Recuerda las viejas historias humanas. Recuerda a Edipo, a Moisés; también a Pulgarcito ¿Por qué no?

Esa práctica debió nacer hace milenios, perfeccionarse y mantenerse hasta hoy. Lo sé bien. Yo fui cambiado en una maternidad y me crié en un hogar humano. Mis padres nunca lo supieron. Pero yo lo sospeché desde siempre. Porque nunca logré entenderlos. Porque nunca conseguí darles el amor que ellos me dieron a mí. A su manera, desde luego, a su manera. Demasiados cariños y demasiadas reglas. Demasiado miedo por mi destino. Demasiados prejuicios. Sólo cuando X me contó la verdad, es decir, mi secreta condición de neandertal, logré enten-

derlos. No tenían miedo por mi futuro nomás. Sino por el de ellos. Temían envejecer en la desolación, acaso en la pobreza. Yo era su garantía. Un seguro de vida pagado a cuotas. No de otro modo podía entenderse la educación que me impusieron. Querían que fuera rico y exitoso. Y yo sólo quería ser feliz. En los términos de un neandertal, por supuesto. Algo que en los humanos se parecería a la tranquilidad. Quería que me dejaran vivir con mis gustos. Nada más. Tuve enfrentamientos con ellos. Nunca me entendieron. Cosa frecuente entre padres e hijos humanos. Yo fui un adolescente rencoroso. Entonces me creía humano y llegué a admirar a los muchachos que se juntaban en pandillas rebeldes, aunque en muchas ocasiones fui víctima de su crueldad. Me ponían apodos y me sometían a castigos humillantes porque tampoco ellos podían entender mi apartamiento y soledad. Pronto aprendí, o mejor, imité sus conductas. Me aceptaron cuando empecé a manejar el arte de los apodos hirientes con mayor habilidad que ellos. Y aún más, cuando aprendí a golpearlos. Desde entonces fingí compartir sus guerras estúpidas. Incursiones nocturnas, asedios, tontas aventuras, riesgos inútiles, algún deporte extremo. Y pude, integrarme, no sin una íntima repugnancia, a sus hábitos corrientes.

A ellos, como a mis supuestos padres, les guiaba el miedo. Todo era temor. Y su fácil violencia no era sino la respuesta fácil a su miedo. Si te van a atacar, ataca. Si te van a destruir, destruye. Si la muerte te persigue, búscala.

Mucho más tiempo me tomó el descubrir la causa profunda de ese miedo.

Esto es importante: se amenazan solos. Su propia imaginación los acosa. Batallan, como uno de ellos dijo, con molinos de viento que confunden con gigantes. Con fantasmas asiduos. También con sueños imposibles. Porque nunca pueden encontrar el límite entre lo real y lo imaginado. Es decir, entre la tierra que pisan, el río que les moja, el fruto que les alimenta, el arma con la que mueren o matan... y los haces fantásticos que salen de sus cabezas alborotadas.

Siempre confunden la realidad con la imaginación. Imaginan la realidad. Realizan la imaginación.

Esa es la marca de su especie. Todo tiene una sombra: un recodo, un paraje, un ser desconocido, para ellos es otra cosa: una amenaza o un lugar de conquista o dominación.

6

—Ven lo que no existe. Inventan todo el tiempo. Así hacen sus guerras y sus proyectos. Temen a todo y sueñan con fantasías. Su verdad es la incertidumbre. Temen el presente. Pero mucho más el futuro.

Me lo dijo X, en la única vez que hablamos, cuando ya concluía mi infancia.

X es mi madre. O lo fue. Nunca más la vi. Nunca supe su nombre humano. La llamo así: X

La recuerdo bien. Asomó en un parque. La vi sentada en una banca, entre los viejos pinos. Fui hacia ella de un modo natural, guiado por su olor. Unas cuantas veces la había visto, en la distancia, alejándose de mí. Nunca antes me había permitido acercarme a ella. Una mirada suya era suficiente para frenarme. No era sólo su olor. Eran sus vibraciones, puedo decirlo así, algo como un calor especial, como una onda magnética que yo podía percibir claramente.

—Hasta aquí te he protegido. Te he vigilado desde lejos. Ya no es necesario. Sobrevivirás entre los humanos.

Pasamos el día juntos.

Hablaba rápidamente. Pero yo comprendía no sólo sus palabras, de todos modos humanas,

hechas de un lenguaje humano, sino todo aquello que se escondía en los entrepliegues de ellas, ecos, entonaciones, clamores recónditos, un rumor salvaje, un tejido de señales vibrantes, como resplandores, que venía acompañado también de fragancias y algo como variaciones de humedad y temperaturas que me llegaban desde su cuerpo, desde todo su ser estremecido, empleado, a fondo, en comunicarme la mayor cantidad de información posible en un día que corría tan velozmente como sus palabras.

—He venido a despedirme —dijo—. A partir de hoy dejaré de ser tu madre.

—Nunca lo fuiste —debí reclamarle yo, pensando en el modelo de las madres humanas, pensando en aquella que, entre pálpitos angustiados, me estaría esperando en casa, preguntándose por qué no había asomado yo, como siempre, a la hora del almuerzo, imaginándose quién sabe qué peligros habían hecho que yo faltara, en ese día a la escuela, porque, a esa hora ya habría hablado con los profesores y se habría enterado de mi inasistencia a clases; atormentándose, en silencio, porque, de seguro, no le habría dicho nada a mi padre humano para no preocuparlo. Así eran ellos: mi padre se encargaba de sufrir un trabajo que odiaba y ella de trabajar el sufrimiento cotidiano. Como todos los humanos de esa época. Ahora es peor, las mujeres humanas disputan a sus machos un poder que nunca fue ni justo ni bueno ni siquiera para ellos.

Por supuesto, no le dije nada a X. No era necesario. Lo sabía. Tampoco le pregunté por su futuro.

No habló de mi padre. Como todos los neandertales, también había aprendido a engendrar e irse. Había aprendido el papel que tenía que cumplir. Y nada más.

7

Me contó que estaba casada con un humano que la temía. Y que no hacía otra cosa que someterse a sus deseos.

—Yo no impuse esa relación. Él, por su cuenta, se sometió a mí. Porque la dificultad humana de separar los ámbitos de lo cierto y lo inventado, no sólo se resuelve en agresividad hacia los otros, sino que, con frecuencia, se vuelve en su contra y sufren o se atormentan sin que existan motivos visibles. Porque llevan, a cuestas, fantasmas que ordenan sus vidas con patrones imperiosos. Mi marido arrastra un fardo que nadie le obliga a llevar: fuera del hogar es un amo (sus empleados le temen), pero dentro de casa es un esclavo. Esa no es la regla. En general ocurre al revés. La mayoría de los machos quieren mandar en el trabajo y en el hogar. Pero una cosa te digo: ningún comportamiento humano debe sorprenderte: hay santos que asesinan y héroes que se mueren de miedo.

Luego de un silencio prosiguió:

—En estos tiempos, luego de romper todos los límites, de cruzar todas las orillas, están a punto de forzarlo todo y agotarse como especie. Están a punto de abandonar su propia escala: la escala humana: aquello que les permitió ser sobre esta tierra ya esquilhada por ellos.

8

Han pasado unas décadas desde aquel encuentro con X. Y los humanos han atravesado ya sus propios límites. Han calentado la Tierra con las emisiones tóxicas de sus industrias. Han manipulado sus propios códigos genéticos y de allí, a la larga, sólo saldrán monstruos. Han hecho de la guerra una ciencia, una industria de punta y, en el caso de las grandes potencias, un motor de su economía. Y se han impuesto un sistema social hecho para la desigualdad, que enriquece a los más ricos y empobrece a los más pobres, mediante el simple arbitrio de que el que tiene más, gana más. De esa maquinaria infernal sólo pueden salir odio, envidia, robo, discrimen y crimen. Y vacío.

Mi madre neandertal tuvo la razón. La escala humana se ha roto ya. Ha roto sus propios límites.

Entonces no me dijo más. No era necesario. Ya todo estaba claro para mí. Desde ese día cambié mi comportamiento. Dejé de oponerme a los deseos de mis padres. Estudié lo que ellos quisieron. Hablo de mi primera profesión. Nunca me sirvió para nada. Ni para encontrar un trabajo decente. Después estudié otras cosas por mi cuenta: sicología, antropología, historia, literatura. Las ciencias llamadas “no exactas” que son las únicas que dan cuenta de los comportamientos humanos. Quería entenderlos. Tan extraños los sentía.

Que nadie piense que los neandertales conformamos una secta, una cofradía, una sociedad paralela y secreta. Nada de eso. Nada de conspiraciones ni agrupamientos extraños.

No necesitamos de una sociedad. Nos reconocemos cuando estamos cerca y eso es suficiente. Obedecemos el mandato de nuestra especie: esperamos: ya llegará nuestra hora.

9

Mi experiencia personal es suficiente. Me infiltré entre ellos sabiéndome distinto. No necesité de la sorpresa de analizar mi ADN. En ese tiempo no era posible. Apenas empezaban a conocerlo unos pocos científicos. Pero yo, a los 22 años, ya sabía que era distinto. Ya sabía quién era.

De pronto, en una larga noche de insomnio, encontré el sentido de los tantos sinsentidos que me rodeaban. Supe que esos “pensamientos sueltos”, como entonces los llamaba, que me venían de lo hondo del corazón, eran voces silenciosas, secretas, instintivas, que me comunicaban las decisiones necesarias para mi supervivencia.

Es obvio que cientos de generaciones de Neandertales, vivieron y murieron sin saber lo fueron en sus vidas. No les fue necesario. Sabían lo fundamental: que eran distintos Y que la única manera posible que tenían para sobrevivir, era la de confundirse con los humanos, fingirse humanos, mimetizarse con ellos.

Valga la paradoja. Al tener que ser como ellos, aprendimos las enormes distancias que nos separaban. La principal ya la he indicado: su imposibilidad humana de separar lo real de lo imaginario. Y siempre insistiré en ella. Redundaré en ella.

Sólo ven lo que quieren ver. Es decir, que No ven lo que no quieren ver (un mismo individuo puede ser juzgado como demonio por unos y ángel por otros). No les interesa lo que no buscan. Aunque exista. Aunque su vecino sea un neandertal. Y construyen sus ciencias para encontrar lo que quieren encontrar. De allí que hayan desarrollado un pensamiento autofágico que se alimenta siempre de sí mismo. Sólo piensan lo que se les antoja pensar. E imaginan lo que quieren

y pueden imaginar. Incluso, los únicos límites que se asignan, también son imaginarios. Hubo civilizaciones enteras de indios que conocieron la rueda, por ejemplo y, por motivos religiosos, se negaron a usarla. Y hasta confundieron a sus conquistadores con dioses. Ese exceso de imaginación los perdió.

Lo mismo les ocurre con sus necesidades elementales: la alimentación, el sexo. Se imponen prohibiciones que no les permiten disfrutes sencillos: hindúes hambrientos que rehúsan la carne de vaca, tribus que hicieron lo mismo con la del cerdo, occidentales que desprecian a quienes consumen insectos ricos en proteínas; anoréxicos que llegan a odiar la comida, en contra de lo que dispone la naturaleza en todos los seres vivos. En épocas de abundancia esto no es tan importante, pero en las de escasez puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

10

Qué decir de las autoprohibiciones de los humanos con relación al sexo.

Los neandertales, en cambio, sentimos la llamada del sexo de un modo imperioso, irreprímible. De pronto, vestidos como humanos, “humanizados”, en apariencia, pese a nuestras cabezas algo

más grandes, la fortaleza de los cuerpos y las caras alargadas; dueños de trabajos humanos, de familias humanas; perdidos, confundidos entre la masa humana que deambula por las calles, plazas y centros comerciales, el macho neandertal encuentra a la hembra neandertal y ella a él. Es la gran correntada hormonal la que los acerca sin que se hayan conocido nunca. Irán, pues, urgidos, presurosos, al primer refugio que encuentren: a veces un baño público, el recoveco de un jardín, la puerta entornada de un zaguán, un motel, y allí copularán con una furia que los humanos no entenderán jamás. Esos encuentros se repiten durante varios días, mientras dura el celo.

Después, la hembra inseminada así se pierde en el mundo para cumplir con lo suyo: lograr que su crío sobreviva en él.

Yo aprendí a ser discreto en tales encuentros. Mi primer matrimonio se arruinó porque mi mujer humana se enteró de una de mis escapadas inevitables. Cómo hacerle entender que no la traicionaba, que no la iba a abandonar, que no “amaba” a otra. Que yo sólo estaba cumpliendo un deseo imperioso. Una orden hormonal. No hubo manera. Estaba presa de una furia ciega. Igual habría ocurrido si yo hubiese sido un humano común y corriente. El adulterio está entre los temores humanos más arraigados. Y es un ejemplo cabal de sus contradicciones más profundas. El deseo y el miedo se conjugan en él.

Sin embargo, lo practican asiduamente. Hay una industria próspera de moteles y regalos hechos con exclusividad para amantes que lo normado, establecido, rutinario, del matrimonio humano no utilizaría sino al comienzo o en casos de excepción. Pero tanto religiones como leyes condenan el adulterio con dureza suma y hay frecuentes casos de crímenes y suicidios que se cometen en su nombre. Desde las viejas mitologías, las viejas literaturas, hasta las crónicas rojas de la actualidad, los documentan bien.

11

Así, una de sus instituciones más viejas, el matrimonio, es un “deber ser” que apenas si se cumple para garantizar el funcionamiento “imaginario”, lo digo bien, de sus sociedades.

Igual pasa, ya en una escala grande, con sus economías y monedas arbitrarias y ficticias y la delicada red de lo que ellos llaman sus culturas. Es decir: sus religiones. O sea: sus verdades supremas, sus prácticas, ocupaciones y búsquedas supremas: la ciencia en primer lugar.

Es casi una regla que en nombre de la libertad promuevan la desigualdad. Que en nombre del bien saqueen y exterminen pueblos enteros. Que en nombre de los pobres se enriquezcan sin límite.

Que en nombre de los débiles se tornen poderosos. Y que la llamada Verdad sea el mejor instrumento de la mentira. Esto que puede parecer un panfleto no lo es. En las noches, ensayo mensajes imposibles y digo en silencio: Tú, humano que dudas, que quizá puedes comprenderme: mira palacios y templos opulentos y mira tus barriadas míseras; mira tu historia de guerras y masacres; mira tu propia vida, júzgalas bien, si puedes hacerlo, si tu cabeza humana te lo permite, y me darás la razón.

12

Óyeme bien, hembra joven que, luego de estos días intensos, desaparecerás para siempre:

He comprobado que su memoria, aún en los cerebros espléndidos, es limitada. Nadie recuerda todo. Nadie sabe todo. Así los sabios tienen que acudir a otros sabios que tampoco recuerdan todo. Ni saben todo. Cercados por un mar de olvido, escriben libros que citan otros libros. Libros que sólo pueden atrapar sus recuerdos y su conocimiento en la escritura. De este modo, han creado una sabiduría paralela, como de espejos enfrentados, en la que los libros se leen entre sí.

Y esto, que es cierto, es sólo una metáfora, pues, el saber social que han creado, que algunos llaman Historia, no sólo se ha acumulado en las palabras

escritas. Está grabado en las cosas que han hecho a lo largo de los milenios. Máquinas, ciudades, monumentos, caminos, artilugios de comunicación, inventos electrónicos, biológicos. Así, todo lo creado por la civilización humana se habla entre sí, prescindiendo, en el fondo, de los humanos concretos, de los individuos, incluso de sus sociedades y, ahora, de la voluntad, de la necesidad de supervivencia de su especie, de la especie humana. Por eso digo, diré y repetiré siempre que han roto ya la escala humana, su medida, la posibilidad de estar sobre la Tierra.

Hay un punto que debo aclarar. Hay una segunda clase de humanos. Porque en esa larga historia de héroes y asesinos —que, en general, son los mismos—, cuentan también sus sabios y sus mártires —que también y casi siempre son los mismos—, quienes, de tiempo en tiempo, enarbolan lo que ellos llaman “el humanismo”, como un grito de advertencia del errado rumbo que ha tomado su especie. Ellos se desesperan. Inventan utopías. Intentan revoluciones. Escriben manifiestos éticos repetitivos e inútiles que siempre, en cada época dicen las mismas cosas, en otros contextos y con otras palabras: “No matar, no robar”, etc. Una buena parte de ellos se refugia en el arte o en las filosofías. Arman, entonces, un mundo virtual, paralelo, una representación “ideal” del mundo que han hecho. Pero su mundo “real” es otra cosa. La prueba es que muchos poetas, artistas y

filósofos han sido perseguidos por sus congéneres hasta la muerte.

O, al contrario, en una variante peor, sarcástica, han sido integrados, cooptados, y hasta celebrados, precisamente, por los responsables o representantes del mundo denunciado por esos poetas, artistas y filósofos. De este modo, no es raro encontrar, por ejemplo, en la casa de un rico y poderoso señor, una pintura que muestre la miseria y la degradación, adornando una de sus paredes.

Esto sólo puede entenderse porque tanto el dueño de esa pintura y el artista que la pintó hablan lenguajes imaginarios que no los comunican, porque nada tienen que ver entre sí.

13

A esa segunda clase de humanos pertenecen los profetas, santos y mártires, que han hablado y escrito tanto, que han usado sus propios sacrificios, sus propias vidas, como ejemplos éticos y también estéticos, para los demás, inútiles siempre, desde luego.

Porque el resto de la humanidad, nunca los entendió. Andaba en sus guerras, sus conquistas, sus negocios privadísimos, sus depredaciones.

Así, cómo iban a entender que cada precepto, que cada obra de arte, eran una advertencia o,

como ya dije, o traté de decir, un grito, y a veces de dolor.

Hembra joven, que ahora estás conmigo y que luego te irás para siempre, escúchame bien, que esto es importante:

Tengo una sospecha que quizá confirme en el futuro próximo: creo que muchos supuestos “humanos” fueron, en realidad neandertales: sobre todo aquellos que proclamaron la redención humana o que creyeron, hasta el final, en un humanismo que muy pocas veces fue entendido por sus propios congéneres. Si quieres nombres históricos te los digo: quizá Jesús y Mahoma lo fueron. Ellos dijeron su palabra a los humanos y éstos, no los consideraron suyos sino enviados del cielo, casi extraterrestres, dioses o hijos de los dioses, tan distintos los veían. La masa humana, siempre presta a los fanatismos, hizo el resto. En su nombre, negaron la palabra de los profetas y transformaron, muchas, demasiadas veces, su mensaje de amor en uno de odio.

¿Su mensaje de amor? Sí, de amor. Porque sólo se puede proclamar la consigna del amor desde la debilidad, desde la debilidad del perseguido. El fuerte no lo necesita porque desprecia y sojuzga. Para mí, pues, tales profetas, en muchos sentidos mis hermanos, sólo estaban pidiendo un imposible: la misericordia.

Recuerda: “Los últimos serán los primeros”. Está en la *Biblia*. Recuerda: “Los hombres pare-

cerán mariposas dispersas y no sabrán a dónde ir”. Está en el *Corán*. Recuerda: “Un día el mar será desierto y el desierto será mar”. Lo dicen las tradiciones orales brasileñas. Tales advertencias parecen tener significados secretos.

Existieron o existen, sobre todo entre los artistas, muchos presuntos “humanos” que repitieron aquella señal de amor con gran suceso. Te digo que no dispongo de pruebas, pero yo creo que, para citar un caso, entre cien: Kafka fue un neandertal. Hay un texto de él, en que un mono dice que aceptó volverse humano sólo para sobrevivir. Más claro no puede ser un mensaje.

14

Esto que te digo, es sólo una suposición y no tengo cómo probarla. Pero no es descabellada. Porque, en tantos milenios de secreta convivencia, los neandertales debimos afectar los usos humanos. No te hablo de hibridaciones, aunque se han encontrado esqueletos de niños que tenían el ADN mezclado con trazas de las dos especies. Te hablo de los neandertales que, más por desesperación ante lo que no podían entender, creyéndose humanos, dijeron una palabra destinada a la confusión.

Y al respecto de las hibridaciones entre humanos y neandertales, y dado que nunca se han encontra-

do esqueletos híbridos de individuos adultos sino sólo de niños, pienso que tal mezcla no fue exitosa. La Naturaleza no la quiso nunca. Como en tantos casos de especies vecinas: aún cuando logran engendrar críos, como el mulo, por decir algo, estos nunca pudieron reproducirse luego. La Naturaleza impuso sus prohibiciones, sus escalas, sus reglas inviolables, al menos hasta hace muy poco, cuando los humanos empezaron con sus experimentos genéticos. O quizá, unos pocos siglos atrás, cuando descubrieron la medicina, cuyo propósito mayor es vencer a la muerte, prolongar la vida de los individuos, hasta más allá de lo posible, de modo artificial, con drogas perversas que los vuelven cada vez más dependientes y rehenes de quienes las fabrican, pero, también, más vulnerables; en una palabra, más decrepitos. Escúchame bien, los humanos no quieren morir. Y están convencidos, en su delirio loco, de que lograrán, paso a paso, anular la principal disposición de la Naturaleza: el agotamiento, la muerte de los individuos para que sus especies puedan sobrevivir.

15

La humanidad nunca entendió la diferencia entre dos conceptos, en apariencia, sólo en apariencia, iguales: el hombre y el humano. Conceptos que debo explicar mejor: “el humano” es un ser concre-

to, de una especie concreta que tiene un puesto y una relación en el conjunto de seres vivos que habitan la Tierra; una relación directa con la Tierra, con la Naturaleza que tanto han depredado.

“El hombre”, en cambio, es un concepto estrecho, apenas tribal, que hace que cada tribu, no importa si antigua o actual, considere que los miembros de otras tribus no son “hombres”.

Hasta tienen una frase decidora: “El hombre es lobo del hombre”. En ella se resume el secreto de sus desdichas. Cualquier diferencia: el color de la piel, la lengua, el género, las costumbres, la posición social, les sirve a unos “hombres” para aprovecharse de otros, para ejercitar el desprecio, la marginación, el despojo o el crimen. Todo, en nombre de grandes principios: la civilización, la etnia, el credo y hasta consignas fantasiosas como la de una “libertad” que cada grupo la entiende a su manera.

Escucha, hembra joven, que llevarás en tu vientre el hijo que nunca conoceré:

La gran carga de los humanos: su imaginación desbordante, hace que la vuelquen sobre sí mismos: que se embrujen solos, que se autosugestionen, que se auto hipnoticen y crean hasta el final en sus propias imagerías: sus mitos, sí; sus ideologías también; pero, sobre todo, en la “realidad” de sus imaginaciones: obsesivos, metidos en sus palacios de espejos, convencidos de sus endebles

razones —y la llamada “razón” es una de ellas— van por el mundo, metidos en sus ideas locas, presos de ellas, a veces propagándolas como pueden; otras, sufriendolas en silencio.

16

Como esto es apenas un resumen, sólo te hablaré de tres ideas obsesivas de los humanos: El poder, la libertad y la pasión (mística o amorosa). Tómalos como quieras: son sus tres sueños o sus tres desdichas.

La primera, el poder, es la forma imaginaria que inventan los humanos para trascenderse, para combatir su finitud, para abarcar más de lo que pueden controlar. Como saben que han de morir, quieren “sobrevivir” en la memoria de los otros. Como saben que no pueden “poseer”, realmente, algo más que sus bienes inmediatos, inventan signos, monedas, papeles, funciones, títulos, que sólo “representan” lo que está más allá de sus propios límites físicos. Como saben que no pueden dominar a los otros, porque son la muchedumbre infinita, se acogen a sistemas de dominación, vale decir in-humanos, que terminan por dominarlos. No existe el rey sino el reinado. No existe el banquero sino el banco. No existe el dictador sino la dictadura. No existe el gobernante sino el gobier-

no. Entiéndeme: los poderosos son sirvientes de su poder. La prueba es que por él son capaces de morir.

Su segunda fantasía: la libertad, es el sueño imposible, la palabra extrema, la eterna fuente de la confusión humana porque cada quien puede esclavizar o matar a otro humano en nombre de ella.

“Defiende tu libertad”, le dice el amo moderno al esclavo. “Soy libre”, repite el esclavo, como un eco.

Escúchame: no hay peor esclavo que el que se cree libre.

Para mí, eso que llaman libertad es sólo la “libertad” de la imaginación humana: su imposibilidad de aceptar un límite. Y como la felicidad, que sólo se entiende bien en la desdicha, es inalcanzable, es indefinible. Y sólo cobra sentido cuando no existe. Cuando no se la tiene. O cuando, toscamente, se la ha perdido: el preso, la víctima de una dictadura, el sometido a la fuerza, el dominado, el propio esclavo, cuando, y esto es raro, entienden su real condición; sólo entonces saben lo que sería su libertad. Para el resto es sólo una consigna que, en general, la usan para apresar, someter o —tantas veces te digo—, esclavizar.

En nombre de la libertad han aniquilado civilizaciones y pueblos enteros y no sería extraño que esa bella palabra sea ya su definitivo epitafio.

Y, por fin, debo hablarte, de la tercera fantasía humana, la pasión. Si el sueño del poder y el de la libertad son sus locuras colectivas, la pasión es su locura individual, la forma que el individuo tiene para convencerse de que es especial, importante, único en su especie: la pasión del avaro que quiere acumularlo todo; la pasión del mártir que cree que su muerte redimirá a la humanidad; la pasión del líder que busca el poder total y, la peor, en términos de sufrimiento y alucinación: la pasión amorosa del individuo que ama a un otro que cree especial, importante, único, es decir tan “individual” como él. Tal pasión amorosa, es una forma de amarse a través de otro. Por eso, los amantes se inventan entre sí. Por eso, hasta creen en el absurdo de que dos son uno. Embrujados, autosugestionados, son capaces de infligirse grandes sufrimientos. Es uno de los pavores humanos. La muerte y el dolor lo fomentan porque, como dijo un filósofo humanista del s XX, un tal Sartre: “Toda pasión nace para morir” y es esa conciencia la que la exalta y la vuelve pasión amorosa.

Por eso, joven neandertal, niña que aún no has vivido lo suficiente, piensa que si nosotros aprendimos los idiomas, religiones, ciencias, costumbres humanas, también corremos el peligro de aprender el amor y las otras pasiones humanas si no to-

mamos recaudos. Yo mismo incurrí en ese riesgo, dos o tres veces en mi vida. Y créeme que me arrepiento. No volverá a pasar.

Luego de estos días intensos, tienes que marcharte porque, tú y yo, corremos el peligro de imitar la pasión humana, de aprenderla, de sugestionarnos con ella, de creer que seremos, siempre, “el uno para el otro”, tú y yo, una misma carne, inmarcesible, inmarchitable, eterna, tal es la formidable mentira mutua, conjunta, que los cónyuges y los amantes inventan, mientras el tiempo pasa, y el desencanto, el desembrujamiento, con él, y cada quien retorna, por su cuenta, a su cuerpo único, a su frontera individual, es decir, a aceptar, dolorosamente, que nunca, sino en la maldita imaginación, fueron uno; retornan, pues, a desandar lo andado, a aceptar la muerte de cada quien en el otro, la separación real que “los separa”, que los devuelve a su condición real de individuos que sólo estaban cumpliendo un mandato de su especie, el de aparecerse para servirla a ella, la verdadera dueña de sus cuerpos desechables.

18

La maldita imaginación humana. Por ella, cada humano, cada pueblo, quieren ser más de lo que son: trascenderse, vivir más allá de la muerte, po-

ser más de lo que pueden retener; extender sus dominios hasta el infinito. El ejemplo son todos los imperios humanos. Recuerda a Roma y cómo cayó. Recuerda a España, Alemania, Inglaterra, y ahora el imperio americano y cómo está cayendo.

La maldita imaginación humana. Otra prueba es la tecnología actual. Millones de artefactos hechos para suprimir distancias y tiempos. Y que sólo generan ansiedad y angustia, porque apenas pueden suprimir la distancia, el tiempo, en la idea, en la imaginación: me explico: la carta que en otro tiempo demoraba tres meses en llegar y, ahora, el correo electrónico, que tarda tres fracciones de segundo, o la llamada internacional, instantánea, mantienen a sus corresponsales tan lejos como siempre, sujetos a su tierra distinta, a su vida diferente, a su lluvia o su sol, a su frío o calor, a su noche o su día, es decir, a su distancia, a su lejanía, tanto que, en verdad, su contacto es casi ilusorio, hecho apenas de memoria, de sueño, de comercios precarios y fantasmales.

Me explico mejor: el viajante que hoy realiza el viaje en apenas unas horas, cuando, tiempo atrás, demoraba meses, no está ahorrando su tiempo, el único que cuenta, el tiempo de su vida; lo que está haciendo es, simplemente, usando esas horas para hacer más cosas, la mayoría innecesarias, para ir y volver más rápidamente, cosas que terminan por abrumarlo, en tanto que el tiempo “real”, las horas de su existencia, las que tiene asignadas para ser so-

bre esta tierra, continúan siendo las mismas, tanto que pudo haberlas empleado igual si permanecía quieto, en la silla de su escritorio o de un cine, o del avión que usa para viajar, del mismo modo que ese supuesto ahorro temporal, tampoco significa nada en el compás real de su planeta, de las estrellas, de un universo que sigue tan ajeno a ese viaje veloz como cuando algún insecto, prefiere brincar en lugar de ir en pos de su comida por el camino de siempre. Confundir la velocidad con el tiempo ha sido otro de los grandes errores humanos. Ahora, la humanidad corre, cada vez más rápidamente, pero no sabe hacia dónde ni para qué.

Aquí debo hablarte de algo aparentemente contradictorio: los límites de su imaginación “ilimitada”. Existen, aunque su mente no los reconozca. Porque el humano sólo logra imaginar lo que su mente humana le permite. El propósito ciego de dominar a la Naturaleza sólo lo cumple con técnicas hechas a la medida de su especie: las grúas más grandes sólo potencian la fuerza de sus brazos; los telescopios y microscopios y televisores, su vista; los radares, sonares, radiorreceptores: su oído; los transportes más veloces: sus piernas. En base de tales evidencias, un tal Borges llegó a aceptar que la escritura humana, sólo era una extensión de su memoria.

Quiero decirte que los humanos usan su imaginación desahogada, como un palacio de espejos, sólo para repetirse. Que su tragedia consiste en no

reconocer que ella está “limitada” por su propia naturaleza: que el sueño loco de querer rebasarla es demasiado humano como para ver y entender lo que está más allá de los apetitos de su sola especie y prever los costos y sacrificios que infligen a su planeta e, incluso, a sus propias vidas.

19

Llevados de esa perturbación de su conciencia, la imaginación, por fin han logrado construir una máquina que quiere imitar, con torpeza, por cierto, su propio cerebro. Es el computador. Con él han creído encerrar su conciencia en una caja en la que cada gobierno, cada empresa, cada hogar, “ordenan” sus vidas. Millones de programas, los que sostienen el Internet, por ejemplo, mantienen al individuo atado a su asiento, seguro de que tiene el mundo real en su pantalla. A ella llegan trabajos, juegos y sueños, lejanías y tiempos abreviados. El individuo computarizado, el “internauta”, es el galeote de hoy. Y no lo sabe. Vive preso de una delicada red “virtual” que cree “real”. Y sus cadenas y sujeciones, también son, por esto, “virtuales”. Es decir imaginarias. Nunca el humano ha sido más sometido y explotado por otro humano que hoy. Porque nunca la brecha entre unos humanos, los ricos, y otros humanos, los pobres, ha sido tan grande. Lo dicen sus propias mediciones.

El humano natural se ha perdido; ahora sólo puedes hablar; como lo hace una tal Gubern, del hombre electrónico, el *homo electronicus*, un fantasma sobrepuesto, como un ropaje, a un cuerpo hecho de carne y osamenta, de sangre y nervios que vive preso de su nueva armadura, interconectada a otras armaduras hechas también de electrones vibrantes. Esa es la verdadera “red”, la red electrónica. Una telaraña que no los conecta, como creen, sino que los atrapa. Sin ese invento que han logrado construir, desde hace dos centurias apenas, ya no pueden vivir. La red que nació de ellos ahora es su nuevo hábitat. Su nueva naturaleza. Su nuevo sistema ecológico. Quiere decir, que con uno sólo de los elementos del mundo, los electrones capturados en acumuladores, o encauzados, dirigidos, por cables y ondas, creen haber resuelto el problema de sobrevivir. ¿Y si su creatura ya se les ha escapado? ¿Si ya los domina y dirige e impone sus vidas? ¿Si se han vuelto prisioneros del monstruo que quisieron dominar? Escucha, niña, hace dos centurias, cuando apenas los humanos empezaban sus experimentos con la electricidad, hubo una mujer, una tal Mary Sheley, que advirtió, en un cuento famoso, *Frankenstein*, lo que iba a pasar luego. No te exagero. Ahora el monstruo se ha escapado y gobierna el mundo humano. El esclavo preso de su pantalla electrónica es el ejemplo.

El *homo electrónico*. El hombre electrónico. El humano que ha inventado un sistema “ecológico” de ondas electromagnéticas para existir. Cables y conexiones inalámbricas: millones de aparatos que funcionan gracias al incesante flujo de electrones y ondas dirigidas que los alimentan. Una perfecta barrera para aislarlo de la verdadera Naturaleza. Tal, es la “ecología” del *homo electrónico*. Sin ella el humano actual ya no puede sobrevivir.

Escucha, niña: piensa, por un momento, que un día cese el flujo electrónico en todos sus aparatos actuales. Piensa al humano sin sus motores, calefactores, alumbrados, refrigeradores, radios, radares, teléfonos, televisiones, autos, aviones, y los millones y millones de inventos que usan la electricidad para funcionar. Tú, una neandertal, sí puedes pensarlo. Un humano actual no. Es impensable. Eso para él no puede ocurrir. A quien lo diga lo juzgarán loco. Sin embargo ocurrirá. Cuando los grandes deshielos empiecen y sus represas y grandes centrales hidroeléctricas se inunden y colapsen; cuando cada depósito de combustible, en un planeta cada vez más caliente, sea una amenaza, una bomba que muchos desesperados harán explotar voluntariamente; cuando sus baterías portátiles sean descubiertas como los venenos químicos que son; cuando las guerras por el agua y los otros

elementos básicos, el aire incluido, empiecen, no lo dudes niña, eso ocurrirá. Tal vez, tú o tus críos, o los críos de sus críos, alcanzarán a verlo. Porque ocurrirá. Ya es demasiado tarde para los humanos. Ya no hay vuelta atrás.

21

Ante la inminencia de su apocalipsis, los más conscientes tratan de agruparse, de crear grupos de advertencia. Pero si miras la historia humana, éstos fracasarán, como todas sus comunidades. Porque cada grupo humano lleva el germen de su propia destrucción. Apenas el objetivo, casi siempre un enemigo común, desaparece, el grupo se enfrenta entre sí: los bandos asoman: la víctima y el verdugo salen de sus guaridas; también el santo y el guerrero, y el amo y el esclavo siempre. Y el grupo hierve de contradicciones por dentro. Nunca el guerrero entenderá las razones del santo; nunca el santo entenderá las del guerrero. Un vecino me cuenta historias de la empresa en donde trabaja. Otro de su ministerio. Otro de su club deportivo. Yo, que doy clases en una escuela, veo todos los días las rivalidades entre los otros maestros, el pequeño infierno que reina allí.

Claro que, en general, los humanos tratan de organizarse como todos los miembros del reino

animal: en colonias, (como las abejas, termitas o gorilas), pero, a diferencia de ellos, siempre rompen cada agrupación que construyen, no le ponen un límite (y esa es mi palabra esencial) a su actuar individual o a sus posibilidades colectivas, y destruyen, como siempre su escala real, su grupo posible.

A nivel mundial, o global, como hoy dicen, están cumpliendo su despropósito. Ahora que su planeta se les acaba, piensan que podrán saltar su gran orilla, y colonizar otros planetas: es fácil predecir los monstruos que en ellos engendrarán: criados con otras gravedades, en otras sequedades y temperaturas extremas, sus cuerpos mutarán: serán otros: humanoides que maldecirán a sus padres terrícolas, y dado que, de hecho, sus cuerpos serán distintos, su inteligencia también lo será. Los humanos los habrán perdido para siempre. La extinción definitiva los espera.

No digo que ese futuro llegue ya. Puede demorarse unas centurias. O, quién sabe, sólo unos decenios. Y, entonces, otra historia comenzara, la de nosotros, los neandertales. Veremos, pues, extinguirse, no sólo a los últimos humanos (y quizá los ayudemos a bien morir), sino a lo que han construido: dejaremos que una vegetación salvaje cubra sus catedrales, rascacielos y autopistas. Como ya pasó con sus pirámides. Que sus máquinas voladoras se pudran a la intemperie, que sus libros se desintegren, que sus obras de arte sólo perdu-

ren —como las pinturas de Altamira y otras, muy pocas, te lo aseguro— como únicas huellas de lo que un día existió. Y sólo entonces habitaremos un mundo concreto, con los tiempos y las distancias reales, que todas las especies —con excepción de la humana— reconocieron y respetaron bien.

Es seguro que yo no alcance a ver la extinción de la especie humana. Estoy viejo ya y debo morir. No haré nada para impedirlo. Confiaré en la farmacopea natural, en los remedios naturales que cada cuerpo vivo guarda dentro de sí. Porque cada organismo tiene los suyos. La prueba es que los sistemas inmunológicos existen y los anticuerpos con ellos. Y, además, está el instinto. El animalito enfermo que come tierra busca los minerales que le faltan. El que devora hierbas, ajenas a su alimentación natural, sabe que necesita de ciertos carbohidratos y proteínas para sanarse. Yo haré como ellos. Como, de seguro, han hecho los demás neandertales, para no perder lo que los humanos han perdido para siempre, el instinto, el de la supervivencia inclusive. Cuando llegue mi hora, cuando todos esos auxilios fallen, me dejaré morir. Habré cumplido con el mandato de mi especie. No forzaré los límites de lo que me fue asignado como vida útil. No seré una carga pesada para nadie. Aquello, creo, que ya es parte de nuestro instinto. Los mensajes de adaptación a los cambios del mundo ya van en el hijo que guardas en tu vientre. Y en los otros que habré engendrado por allí.

Ante el triste espectáculo de la decadencia humana, en mis noches solitarias le digo, mentalmente, como siempre, a un humano imposible que no me escuchará jamás: haz algo por tu especie, limita tu imaginación hasta cuando no contradiga el mundo real y se transforme en locura; limita tu riqueza hasta donde puedas controlarla, hasta cuando empiece a volverse abstracta y no sepas ni disfrutes de lo que tienes, porque otro sufrirá la falta de lo que a ti te sobra; limita tu poder hasta cuando sientas que ya sólo eres un siervo de él; defiende tu idea del Bien hasta que otro sienta que es otra de las múltiples formas del Mal; entiende la escala en que te mueves, la escala humana, no la rompas, no la transgredas, porque dejarás de ser humano y morirás como especie.

Estos son, por supuesto, clamores inútiles que sólo me sirven para comprobar que no soy un humano y que ya todo es tarde para ellos, para los que sí lo son.

Porque la única manera que tendrían para contener su fin; para entenderse y entender lo que ellos llaman su Historia, sería la de que trataran de colocarse desde fuera de su conciencia humana; no desde su “razón pura”: fuera de ella, mirándola desde otra parte, como si pertenecieran a otra de las especies con las que malamente conviven; para abreviar, poniéndose en el lugar de un neandertal, por ejemplo.

Lo cual, por principio, es imposible.

22

Muchacha, llegó el momento de la despedida. Ahora tenemos que volver a los hogares humanos que nos alojan. Yo a mi madura mujer, a los hijos que ya tenía cuando me casé con ella, al trabajo gris en el que me ocupo, esas clases que imparto y en las que enseño, a las pequeñas besteuelas, perfectamente ordenadas en sus pupitres, el porvenir que les espera. Tú a tu joven esposo, padre ya de un hijo que no será suyo.

Tu pequeño tendrá más suerte que yo. Un día, siete años después de que lo abandones en algún hogar humano, le contarás la verdad. Su verdadera condición. Como lo hizo mi madre conmigo y hubiese hecho la tuya contigo si la habrías conocido. Y entonces estará preparado para afrontar lo que ya se ve venir: lo que, por obra de sus búsquedas genéticas (ADN, etc.), en poco tiempo los humanos lograrán: el descubrimiento de que nosotros, los neandertales, hemos convivido con ellos. Será un momento difícil. Pero ya no es hora de las grandes cacerías. Pronto verán que no somos ninguna amenaza para ellos. Quizá nos admitan como otra de sus etnias. En todo caso, estoy convencido de

que sobreviviremos también a ese trance difícil. Sobreviviremos. O mejor: les sobreviviremos.

Uno de ellos escribió hace tiempo que, para los humanos, *la vida es sueño*. Otro de nosotros repetirá en el futuro: sí, soñaron sus vidas: su imaginación los perdió.

EPÍLOGO

Arribamos al tercer tomito de Divertinventos. La flagrante división interna del autor, ese doble corazón suyo, lo reparte, en el caso de la narrativa, en dos caminos diferentes: uno: el fantástico: su amor por las utopías y distopías, por lo que es general, quizá por lo que no tiene patria y puede ser la preocupación de cualquier humano por los asuntos de su especie. Y dos: por el realismo vivencial, por lo particular, por la vida cotidiana, inmediata, por su condición de quiteño, terco, irremediable, local. Estos dos caminos, han limitado su producción de Divertinventos a lo necesario: la mayor parte se le quedan en el tintero, en bocetos, en espera de que les llegue su turno para ser publicados, breves burbujas que alegran los días de lluvia y nada más.

Pero esos dos caminos narrativos son, en el fondo, uno solo. Porque cada quien vive, al mismo tiempo, en su comarca particular y en su planeta. Así, es inevitable dividirse entre lo inmediato y lo universal. Las novelas urbanas. *Ciudad de invierno*, *Sueño de lobos* y *La Madriguera* y, por cierto, todos mis cuentos de ambiente urbano, pertenecen a Quito, son testimonios íntimos de mi largo y sostenido amor por la ciudad en que nací. Aquello explica su deliberado realismo.

Los *Divertinventos* no. Su propósito —propósito nada más—, es otro. Su patria es la imaginación. Las utopías y distopías que marcan nuestra especie, el conjunto de sueños y pesadillas que nos engloban a todos los humanos.

El primer tomo se llama así: *Divertinventos o Libro de fantasías y utopías*, y quiere demostrar que toda utopía no logra serlo nunca porque habla desde un lugar que no puede negar, como pretende, sino que, de otro modo, lo afirma.

El segundo tomo: *El palacio de los espejos* alude a la dificultad humana de pensar otras cosas que no sean arquetipos, reflejos que siempre terminan por repetir lo ya pensado, no por culpa de ningún idealismo, sino porque la mente humana no puede trascender su limitación puramente humana.

El volumen presente, trata de mostrar lo que ya parece que está ocurriendo hoy: la ruptura exterior, incontrolable, enajenada ya por los avances

genéticos y electrónicos (radiaciones incluidas), de los límites que permitieron a nuestra especie ser sobre la Tierra.

Como sus antecesores, este volumen consta de cuentos breves, uno largo y un texto intermedio, algo risueño que, en este caso, he llamado *Micro-festival de Microcuentos*.

Algunos de estos textos fueron publicados en la Revista Conectados que dirigían Ramiro Almeida y Alfonso Reece.

TEMAS PARA EDUCADORES Y ESTUDIANTES

¿Qué es un centauro?

¿Qué son los transgénicos?

¿Qué estudia la genética?

¿Cuál es la relación entre el mundo real y el mundo virtual?

¿Qué es un programa informático?

¿Qué pasó en el 11 S?

¿Qué significa Liliput?

¿Qué son las neuronas?

¿Qué es un gen?

¿Qué es el ADN?

¿Quiénes eran los neandertales?

¿Qué haría usted para que los presagios del protagonista de Opiniones de un neandertal no se cumplan?

¿Cree usted que la especie humana tiene aún posibilidades de sobrevivir a los grandes cambios climáticos y tecnológicos que ocurren en el mundo actual?

ABDÓN UBIDIA

www.ubidia.editorialelconejo.com

Quito, 1944. Aparte de su obra narrativa, ha trabajado también temas relacionados con la literatura oral. En este campo pueden mencionarse *El cuento popular*, Quito 1997; *La poesía popular*, Quito, 1982, entre otros. Su libro de relatos *Bajo el mismo extraño cielo*, (cuentos) Bogotá, Círculo de lectores, 1979, mereció el Premio Nacional de literatura de ese año. Su novela *Sueño de Lobos*, Quito, 1986, también ganó ese premio y fue declarada El mejor libro del año. Dirigió la revista cultural *Palabra Suelta*, y la Editorial Grijalbo publicó, en 1989, su obra *Divertinventos o libro de fantasías y utopías* (cuentos). En 1996, El Conejo editó *El palacio de los espejos*, ahora en Alfaguara (cuentos). Está por publicarse su obra

crítica acerca de las corrientes narrativas *El cristal con que se mira*.

Siempre vinculado al trabajo intelectual, ha participado en múltiples simposios y seminarios en muchas partes del mundo y ha realizado investigaciones de campo como recopilador de leyendas y tradiciones orales. Ha escrito y adaptado obras de teatro. Relatos suyos han sido traducidos al inglés, francés, alemán, ruso y próximamente al italiano. Su novela *Ciudad de invierno* ya ha alcanzado veinte ediciones.

En 1997 presentó en USA *Wolves 'Dream*, traducción de su novela *Sueño de lobos*, por la editorial Latin American Literary Review Press, de Pittsburgh.

En el 2000 publicó, en Abya Yala, su libro de ensayos *Referentes*, presentado en Gijón –Asturias, por Luis Sepúlveda. En el 2002, El Conejo editó su obra de teatro *Adiós Siglo XX*. En el 2002, la editorial Txalaparta de España editó *Sueño de lobos* y la seleccionó para sus “clubes de lectores”.

En el 2006 publicó su libro *Lectores, Credo y Confesiones* con la Campaña de Lectura. En el 2007 editó su obra *Celebración de los libros* con Eskeletra Editorial

Su novela *LA MADRIGUERA*, publicada en junio de 2004, fue distinguida con el Premio Joaquín Gallegos Lara a la mejor novela de ese año y

la Editorial Norma publicó a, comienzos del 2005, la tercera edición de dicha novela que, además, quedó entre las seleccionadas al Premio Rómulo Gallegos.

En el 2007, el Illa, publicó, en italiano, *Città de inverno*, traducción de su novela *Ciudad de invierno*.

Dirige talleres literarios y ha dictado clases y conferencias en colegios y universidades. Ha escrito en varias revistas del país y del exterior.

Es fácil encontrarlo en el Internet con el Google. Allí puede encontrarse un *link* para bajar gratuitamente, un e-book suyo, el relato “De la Genética y sus logros”, en español e inglés.

| ÍNDICE |

PRÓLOGO	7
De los nuevos centauros	11
De la felicidad interior	15
De los programas de rejuvenecimiento instantáneo	19
De las bellas asesinas	23
De la extrema seguridad	27
De la definitiva Liliput	33
De amores y fantasmas	37
De las almas virtuales	43
Del amor virtual	49

De milenios y eternidades	63
Microfestival de microcuentos	73
Opiniones de un neandertal	83
Epílogo	127
Temas para educadores y estudiantes	131
Acerca de Abdón Ubidia	133



